

DE MILLE

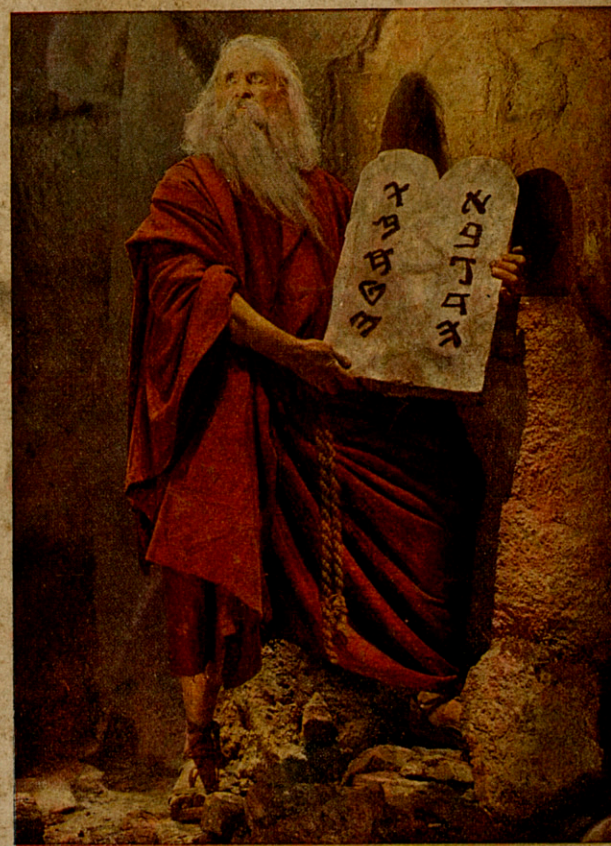


BIBLIOTECA FEMENINA
DE
LA NOVELA FILM



LOS DIEZ MANDAMIENTOS

por Nita Naldi, Leatrice Joy, Theodore Roberts, Richard Dix, Charles de Roche, Rod la Rocque, etc.



N.º 3

UNA
PESETA



BIBLIOTECA FEMENINA
DE

LA NOVELA FILM

oo Calle de Lauria, núm. 98 - BARCELONA oo



LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Magnífica película eminentemente interpretada por los siguientes artistas:

:: Nita Naldi, Leatrice Joy, Theodore Roberts, Richard Dix, Rod La Rocque, Charles de Roche, etc.

PRODUCCIÓN PARAMOUNT
CECIL B. DE MILLE

DISTRIBUIDA EN ESPAÑA

POR

SELECCINE, S. A.



J. HORTA, impresor - Gerona, 11
BARCELONA

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Nuestro mundo moderno ha definido a Dios como una religión complejidad y se ha reído de los Diez Mandamientos por encontrarlos anticuados, y a través de la risa estalló la hecatombe de la gran guerra. Ahora, un mundo anegado en sangre que ya no sabe reír, busca un medio de salvación.

Sólo existe una salvación. Existía ya antes de que la grabaran en piedra y existirá aun después de que la piedra se pulverice. Los Diez Mandamientos no son reglas que debemos obedecer para hacer un favor a Dios. Son los principios fundamentales sin los cuales la Humanidad no puede existir. No son leyes: SON LA LEY.

PRÓLOGO

En aquellos tiempos, 1560 años antes de Jesucristo, el pueblo de Dios había caído en cautividad, y, sometido a la servidumbre de los egipcios, sufría en su espíritu la pérdida de la libertad y en la carne el suplicio del látigo del amo que le amargaba la vida condenándolo a toda clase de trabajos, duros y penosos.

Prohibida la
reproducción

Revisado por la
censura militar

Los hijos de Israel uncidos como bestias, tenían que arrastrar por los caminos arenosos del desierto los carros que transportaban los enormes bloques de piedra destinados a las construcciones portentosas de los panteones faraónicos (las colosales pirámides), de los templos soberbios y de las esfinges que guardan el enigma de lo que no se sabe.

Israel gemía con todos los suplicios.

¿Cuándo concluiría su cautiverio?

¿Quién sería su libertador?

Bajo un sol abrasador, desnudas las espaldas sobre las que caía el látigo trazando rojos surcos de sangre, las cabezas reblandecidas por el fuego de los rayos solares, jadeantes y humillados, los israelitas pujaban de los carros de grandes ruedas, arrastrando las moles de mármol que debían adornar las ciudades de los señores de Egipto. Avanzaban despacio por la llanura, inmenso mar de arena en el que se enterraban las piernas hasta las rodillas.

Erguidos en las carretas, con el largo látigo de cola de buey en las manos, los conductores fijaban bárbaras miradas en los cuerpos de los esclavos, desollados por el sol y los castigos.

El pueblo predilecto, el que se regía con arreglo a leyes divinas, vivía en esclavitud. El Señor estaba enojado y castigaba el olvido en que tuvieran su Palabra abandonándole en la cautividad.

Consumidos por la sed y la fatiga, con los miembros rotos por la violencia de los golpes, los israelitas dirigían los ojos a una angustiada figura de doncella que llevaba sobre sus hombros, como un yugo, un pesado madero de cuyos extremos colgaban dos cántaros llenos de agua.

Era Miriam, la hermana de Moisés.

Las carretas se iban aproximando a las puertas de la capital de Egipto.

Chorreaban sangre y sudor los hijos de Israel. Ellos tenían sed, pero la doncella no podía aplacársela, por que el agua que había en sus cántaros estaba destinada a los conductores.

La voz de uno de ellos sonó imperiosa:

—¡Miriam!

La joven acercóse con el cuerpo inclinado, vencido por el peso de los odres, y el conductor helió, pasándose luego el dorso de la mano por los labios húmedos. En seguida su brazo blandió el látigo, que restalló, y silbando como una sierpe fué a rasgar las espaldas de uno de los forzados.

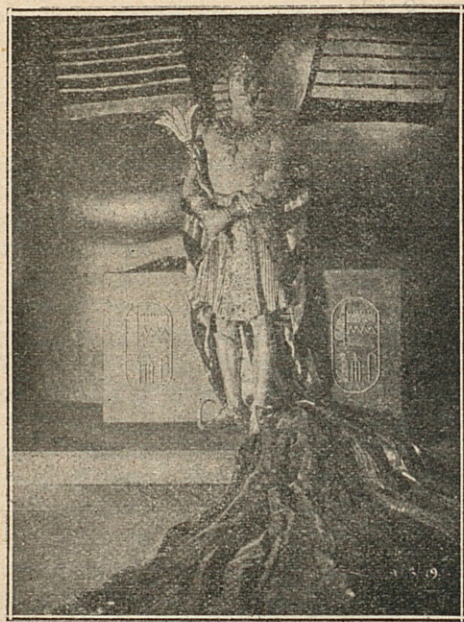
Miriam tuvo pena viendo caer al herido y corrió a él para consolarlo y darle de beber. Un coro de lamentos alzóse llamando a la joven. Todos le pedían un poco de agua para refrescar las gargantas secas, empastadas por la arena del desierto. Ella quiso aplacar la sed de sus hermanos, pero el conductor de la carreta cayó con su furia sobre Miriam, derribóla rudamente y su látigo puso pavor en los israelitas, fustigando a los dóciles y remisos.

Abriéronse entonces las puertas de la ciudad, y conducido en lo alto de un trono, soberbio y altivo, apareció el victorioso sojuzgador del pueblo elegido.

—¡Arrodillaos al rey de reyes, al vencedor de vencedores! ¡Arrodillaos ante el poderoso Faraón, perros de Israel!—ordenaron los conductores de las carretas.

Y los cautivos postráronse de hinojos, hundiendo la cabeza en el polvo. Sólo uno de ellos se atrevió

a erguir el busto, mirando a su dueño, al esclavizador de sus hermanos. Se llamaba Dathan «el Descontento», y en su pecho hervía la cólera del rebelde.



Ramsés, Faraón de Egipto.

CHARLES DE ROCHE

Poderoso, con el orgullo de un dios, Ramsés, el magnífico, Faraón de Egipto, desde lo sumo del trono tendió su mirada, profunda como un secreto, sobre los israelitas, cuyas espaldas fueron mordidas

de nuevo por los látigos, haciendo que se levantaran para reanudar su marcha afanosa.

Encorvados, con los músculos en fuerte tensión, los cautivos pujaron otra vez de las carretas, una de las cuales se detuvo de pronto para no aplastar a un esclavo que había caído agotado de cansancio.

—¡Gran Faraón, un hombre interrumpe el paso de una carreta! ¿Qué se debe hacer?—preguntó un soldado a Ramsés.

El Faraón mostró disgusto en su rostro.

—Si un hombre cae e interrumpe el paso de las ruedas—dijo,—éstas le aplastarán hasta pulverizarlo.

Y la carreta pasó por encima del caído, quebrantando sus huesos y convirtiendo su cuerpo en una masa sanguinolenta, que desapareció absorbida por la arena.

Aquella noche, a la hora de la oración, los vencidos se reunieron clamando a su Señor y pidiéndole que los socorriera en su cautiverio.

—¡Dios de Israel, ved la aflicción de vuestro pueblo que está en Egipto y oid nuestros lamentos!

Y Dios vió la aflicción de su pueblo y mandó a Moisés a Egipto, el que tenía de darles la gran Ley y debía libertarlos de las manos del opresor.

Moisés, así llamado por haber sido salvado de las aguas, vino un día de las montañas lejanas, de las cumbres que estaban al otro lado del desierto, devolviendo con su presencia la esperanza a los israelitas y castigando a los opresores con nueve plagas terribles.

Los prodigios obrados por aquel conductor de pueblos, pusieron asombro en todos los ánimos; pero

el temor no arrugó la frente adornada con el emblema sagrado del Faraón.

Grande entre los grandes era Ramsés, el magnífico; inmensos sus estados, que llegaban hasta las



Moisés.

THEODORE ROBERTS

cuencas del Nilo, inagotables sus tesoros y sus tropas aguerridas e invencibles.

Sin embargo, Moisés sin otra fuerza que la de su espíritu, en el que Jehová había puesto su poder y

su inspiración, presentóse ante él, acompañado de Aarón, su hermano y sacerdote de Israel.

El legislador hebreo apoyábase en un báculo hecho con la rama desgajada de un árbol; era su andar solemne, reposados sus ademanes y, al hablar, sus barbas blancas temblaban dando vislumbres de plata.

El Faraón observó con atenta curiosidad a Moisés. Cerca del trono, su hijo, el heredero de su poder, un adolescente de ojos crueles y burlona sonrisa que blandía con sus tiernas manos un látigo, miró también atentamente al enviado del Señor de Abraham y de Jacob, y rogó a su padre:

—Poderoso Faraón, padre mío, este hombre ya nos ha atormentado con nueve plagas. ¡Matémosle antes de que mande la décima!

El rostro impenetrable del soberano dejó vagar por sus labios una sonrisa.

—¿Por qué no te arrodillas ante mí?—preguntó a Moisés.

—Sólo doblo mi rodilla ante Uno, el Dios de Israel que ha castigado con nueve plagas a los egipcios porque no das libertad a su pueblo.

Y aunque Aarón, atemorizado, le aconsejaba que se humillase, Moisés se mantuvo en pie delante del victorioso.

Sucedía esto en la sala de audiencias del palacio. A la derecha del trono se hallaban la esposa, las concubinas y las esclavas de Ramsés y a la izquierda, con la espada desnuda, se encontraba uno de los generales de sus ejércitos.

Entró un oficial de las tropas faraónicas y dijo:

—Los israelitas no hacen nada pidiendo que se

les deje marchar. Hay que poner más trabajo sobre ellos.

—Hágase, pues, así—ordenó Ramsés.

Y los látigos de los conductores de las carretas agrietaron las carnes de los cautivos con más crueldad que nunca.

—Faraón, escuchad este aviso—habló entonces Moisés:—dejad que Israel se marche o Dios vendrá a Egipto y morirán todos los primogénitos, desde el primogénito del Faraón al primogénito del cautivo en el calabozo.

Aquella amenaza no afectó a Ramsés, que se burló diciendo:

—¿Crees tú que la maldición de tu Dios puede destruir a mi hijo, las sandalias doradas del cual han sido hechas con oro de las coronas de los reyes vencidos?

Esta burla excitó al primogénito, quien, separándose de los brazos de su madre, adelantóse hasta el venerable anciano que le amenazaba con la muerte, y con su pequeño látigo lo hirió en los brazos y en las espaldas.

Moisés no se movió, y cuando la cólera del adolescente se hubo agotado, hizo una seña a Aarón, y los dos juntos salieron del palacio.

Alta ya la noche y despierto aún Ramsés, que velaba en su trono, sin sueño en sus párpados, abiertos a no sabía qué temor, oyéronse los sollozos de todas las mujeres de Egipto, de todas las madres.

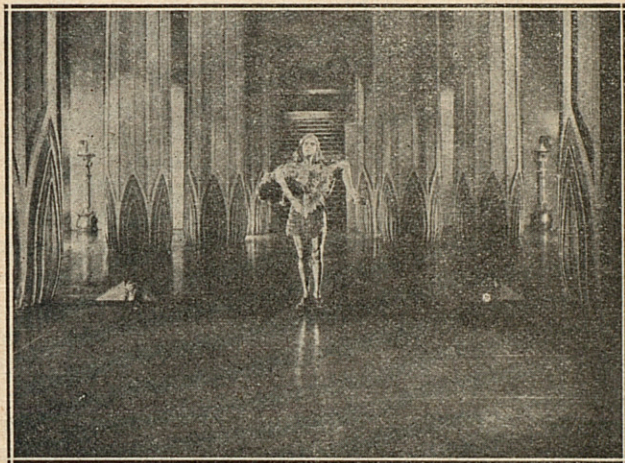
Y he aquí que uno de los jefes del palacio, llevando en sus brazos el cadáver de un niño, presentóselo a Ramsés.

—¡Poderoso Faraón, tu hijo ha muerto!

Aquella era la décima plaga con que el Dios de Israel castigaba a los opresores.

Ante el padre lleno de dolor, mostróse de nuevo Moisés.

—El Señor ha herido a todos los primogénitos de la tierra de Egipto—le dijo,—y ha emitido



— ¡Poderoso Faraón, tu hijo ha muerto!

juicio contra sus dioses. Ahora ¡oh, Faraón! ¿dejarás marchar a su pueblo?

—Idos todos de entre mis gentes. Llevaos vuestros ganados y rebaños, e idos.

De esta manera habló Ramsés viendo el cadáver de su hijo, y tomándolo luego en brazos llegóse a un altar consagrado al dios Apis, encendió en él

el fuego de las ofrendas, y poniendo a los pies del ídolo el cadáver del adolescente, imploró:

—Oídme, dioses de Egipto... Demostrad que sois más fuertes que el Dios de Israel y devolved la vida al cuerpo de mi hijo.

Las huestes del Señor salían de Egipto horas más tarde, conducidas por Moisés. Formaban una larga caravana, todo un pueblo con sus viejos, sus mozos, sus mujeres y sus niños, con todas las cosas que eran de su pertenencia, así de joyas, oro y ropajes como de ganados y carros.

Pero al venir el día aconteció que la ira del Faraón estalló, pues sus dioses no habían podido devolver la vida al cuerpo inánime del primogénito.

En su cólera, Ramsés derribó las figuras de bronce de los ídolos que había adorado, y estrechando contra su pecho el cadáver, hizo la siguiente promesa:

—Hijo mío a quien he amado, óveme. Este día Israel será aplastado bajo las ruedas de las cuadrigas de Egipto. Así serás vengado.

Luego, tomando un martillo de plata, golpeó un disco de metal, que campaneó llevando su alarma a las guardias del palacio.

Armados para el combate acudieron los jefes de las tropas.

—Sonad las trompetas—les ordenó Ramsés.—Arreglad los caballos y nos vengaremos cien mil veces sobre esos perros de Israel.

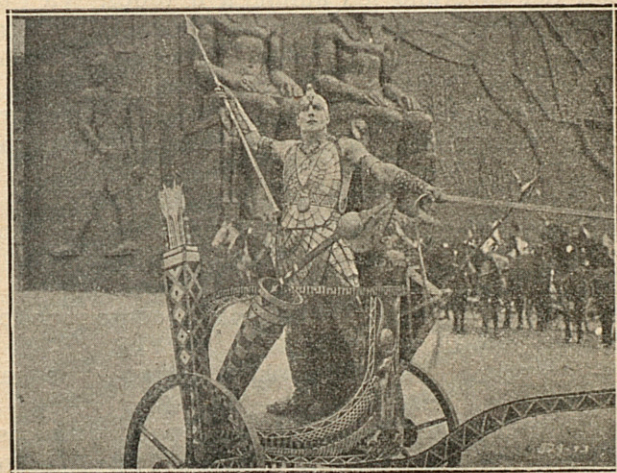
Pronto se encontraron reunidas ante el palacio seiscientas cuadrigas de las más elegidas, con sus capitanes sobre ellas.

A su cabeza se puso el Faraón, a quien su esposa,

la madre del primogénito muerto, hizo entrega de la espada con la que debía vengarlo.

Y los egipcios salieron en persecución de los israelitas, a los que alcanzaron junto al mar Rojo.

Habían caminado toda la noche y luego durante el día bajo un sol implacable. Ninguno sentía las



A su cabeza se puso el Faraón,...

fatigas de aquel viaje, porque era el Señor quien les guiaba, y ellos aspiraban a plenos pulmones los aires nuevos de la recobrada libertad.

Delante, alargado como cosa de un tiro de flecha de arco corto, marchaba Moisés, solo unas veces y otras con su hermano Aarón.

Así caminaron hasta llegar a orillas del mar Rojo.

Los capitanes egipcios, con Ramsés al frente, hacían galopar en tanto sus cuadrillas por el desierto. Eran muchas, y su línea, alargada a uno y otro lado, se perdía confundiendo con el horizonte. El mismo deseo de venganza que ardía en el corazón del soberano los animaba a todos, ya que la noche última habían visto morir a una generación entera de niños, la mejor de las promesas del imperio, muerta antes de granar.

Por eso cuando los hijos de Israel levantaron los ojos y vieron las huestes del Faraón, tuvieron miedo.

Como un rebaño de ovejas azoradas, corrieron a agruparse en torno a su sacerdote. Hacia ellos avanzaba la muerte como una tromba furiosa.

¿Es que el Señor volvía a abandonarlos?

Dathan «el Descontento» se encaró con el que los había salvado de la cautividad.

—Porque no había tumbas en Egipto nos has traído a morir en el desierto—dijo.

Moisés dirigió la mirada a las tropas faraónicas, que se acercaban haciendo relampaguear el acero de sus espadas, el metal de sus cascos y la pedrería de los arreos de sus carros de combate.

—El miedo y el terror caerá sobre ellos—anunció.

Recogióse en sí mismo y, alzando los ojos al cielo, pidió al Señor que los socorriese:

—Por la fuerza de tu brazo divino, ellos se pararán como rocas hasta que tu pueblo haya pasado.

Y la columna de fuego que iba delante de Israel mostrándole el camino que debía seguir, vino a colocarse a sus espaldas, deteniéndose detrás de

ellos, y una cortina de llamas se interpuso entre los egipcios y el campamento de los israelitas.

Un cántico de alabanza alzóse desde el corazón a los labios de los fugitivos. Dathan enmudeció de sorpresa y de su boca no salieron más palabras de censura.



— Por la fuerza de tu brazo divino, ellos se pararán como rocas hasta que tu pueblo haya pasado.

Al otro lado de la cortina de fuego, el Faraón y sus capitanes permanecían detenidos, sin poder avanzar. Pero si había asombro en sus ojos ante aquel prodigio, sus ánimos manteníanse enteros, sin que el miedo los turbara, pues su deseo de venganza era grande.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó un capitán.

—Esperar—contestó Ramsés.

Los israelitas habían levantado su campamento. Ya estaban cargados con las tiendas y enseres los carros y las acemilas. Sólo los detenía el mar, que se abría ante ellos, impidiéndoles seguir su camino hacia las tierras de promisión.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Dathan.

La pro imidad de los egipcios aumentaba la inquietud del pueblo predilecto, en cuyo espíritu la duda siempre estaba presta a nacer. Ellos miraban con angustia a través del fuego y veían todas las cuadrigas lanzadas en su persecución para exterminarlos.

La pregunta de Dathan les hizo volver los ojos hacia su guía.

Y Moisés, alargando su mano sobre el mar, obró, por medio del Señor, haciendo que el mar retrocediera y que sus aguas se separaran, dejando franco un paso de tierra firme.

Como los israelitas vacilasen, atemorizados por el nuevo prodigio, Moisés los tranquilizó:

—No temáis marchar entre las profundas aguas, porque Jehová lucha con nosotros.

«Y los hijos de Israel atravesaron el mar que era tierra firme y las aguas formaban una pared a derecha e izquierda.»

Todo el pueblo siguió a Moisés por aquel camino; ninguno se quedó atrás. Era el paso muy ancho, con cabida para una columna formada por filas de cien hombres y cincuenta carros. Como dos montañas de cristal, las aguas se alzaban a entrambos lados y se mantenían quedas por la fuerza del Señor. Y por en medio de sus moles pasaban los

que huían de Egipto, con los corazones llenos de esperanza y encendidos de fe en su Dios, que así los protegía contra sus perseguidores.

Cercano ya el término de este camino de maravilla, la columna de fuego que detenía a las cuadrigas se desvaneció, tornando a ponerse delante de los israelitas.

Al desaparecer aquel obstáculo, Ramsés dió una gran voz.

—No temáis—dijo a sus capitanes,—seguid y destruidlos.

Y cuando el pueblo elegido llegaba a salvo a la otra orilla, los egipcios les persiguieron, entrando tras ellos en el mar.

Ninguno de los milagros obrados ante sus ojos, ni las diez plagas con que había sido castigada su opresión, pudieron reducir la ira de Ramsés y sus capitanes. Ellos habían vencido muchas veces a fuertes ejércitos enemigos y mandados por el Faraón, sus conquistas se habían extendido hasta las regiones más remotas. ¿Cómo iban a temer, pues, al Dios extranjero de un pueblo miserable que fuera sometido durante largos años a servidumbre en Egipto?

Al ver venir sobre ellos a las cuadrigas, los israelitas llenáronse de nuevo de confusión.

Dathan «el Descontento» expresó el sentir de sus hermanos, lanzando una queja acusadora contra el que los había guiado hasta aquellos parajes:

—Nos has traicionado y estamos perdidos; mira, los egipcios nos alcanzan.

Con seguro dominio de su palabra, Moisés repuso:

—No temáis, tranquilizáos y aguardad la salvación del Señor.

No tuvieron que esperar mucho. Estando ya en medio del camino del mar las cuadrigas, caballos y jinetes del Faraón, separados de una y otra orilla por gran distancia, las aguas volvieron a juntarse con estrépito, sepultando en su seno a Ramsés y sus capitanes.

Los israelitas presenciaron con un punto de alegría la catástrofe que acababa con sus enemigos, encerrando en las profundas cárceles del mar por los siglos de los siglos al orgulloso Faraón y sus huestes, que se habían atrevido a querer luchar contra el poder infinito de Dios.

Y viendo el acabamiento de aquel poder, oraron diciendo:

—Jehová es nuestra fuerza y nuestro canto, y es nuestra salvación.

Al tercer mes de su salida de Egipto, el pueblo llegó al desierto del Sinaí, acampando ante el monte, al que ascendió Moisés, permaneciendo en su cumbre con el Señor cuarenta días y cuarenta noches.

Los truenos, los relámpagos, el ruido de las trompetas celestes y la vista de la gloria de Jehová era como fuego devorador.

Y fué entonces que Dios entregó a Moisés dos tablas como testimonio, dos tablas de piedra en las que estaba escrita la Ley.

Y esta Ley prescribía «Diez Mandamientos», que desde entonces serían las normas de conducta que el poder divino señalaba a los hombres, facilitándoles el tránsito por la tierra al decirles lo que debían hacer.

En la cumbre más alta del monte, el gran legislador del pueblo hebreo oía la voz del Señor, y

en la piedra iban quedando esculpidos los sagrados preceptos.

Así transcurrieron cuarenta días y cuarenta noches.

Pero los israelitas, viendo que Moisés tardaba a empezar a murmurar. Débiles de espíritu, pasados ya los miedos y peligros del cautiverio y de la huida, sin acordarse de las angustias sufridas, la inmovilidad en el desierto, cerca del monte Sinaí, comenzó a fatigarlos, despertando en sus almas los deseos más torpes.

Habían instalado el campamento en el centro de un anfiteatro de rocas, en la linde del desierto y la montaña. Pasábase las horas en absoluta inacción, y de este modo los apetitos prendieron en sus cuerpos caídos en la molición.

Juntáronse, pues, los más impacientes y dijeron a Aarón, el sacerdote:

—Háznos un dios al que podamos ver.

Hombres y mujeres, los más vigorosos y jóvenes del pueblo, eran los que pedían un ídolo ofreciendo sus joyas de oro y plata para fabricarlo.

Y el sacerdote tomó lo que le ofrecían.

Mil manos se le tendieron colmadas de preseas de metales preciosos. Las doncellas se despojaron de las ajorcas que ceñían sus brazos y sus tobillos, de las gargantillas que lucían sobre sus pechos, de las fíbulas, los aretes y de todas sus alhajas, y los hombres, asimismo, le entregaron las empuñaduras de sus armas y todo lo que poseían que estuviera hecho de algún metal rico.

Aarón tomó todo lo que le daban, fundiólo en el fuego y comenzó a trabajarles un becerro de oro, tal como le pedían.

Allá en la cumbre del Sinaí, Moisés, pensando en su pueblo, seguía oyendo la voz del Señor. La inmensidad del cielo se tendía sobre él, y entre las altas nubes resplandecía el fuego divino haciendo destellar uno a uno los mandamientos de la Lev.

Y abajo, al pie del monte, los israelitas, fabricado ya su ídolo, lo erguían sobre un elevado pedestal y lo paseaban entre cánticos, entregándose a una idolatría desenfrenada.

Un guerrero, que mantenía en su espíritu con toda pureza el culto a Jehová, los increpó:

—¿Os parece que es poco a vosotros estar adorando ídolos, olvidando a Aquél que os libró del cautiverio?

Pero sus hermanos no le hicieron caso y aun llegaron a amenazarle para que los dejase tranquilos.

Pasaron nuevos días. En lo sumo del monte, Moisés continuaba su magnífica tarea de legislador, entre los resplandores de las llamaradas celestes y el estruendo de los truenos.

Sin embargo, los israelitas le habían olvidado, entregándose a la corrupción, y con el ruido de sus cantos se despojaban de sus vestiduras.

Las vírgenes sin mancha mostraban ahora a los ojos de los hombres sus cuerpos desnudos, despertando la sensualidad y bailando delante del ídolo, al que acariciaban voluptuosamente.

Miriam, la más bella, era también la más loca en el desenfreno. Tendida a los pies del becerro de oro, con sus carnes blancas al descubierto, mirando con ojos de fiebre, pervertida por el deseo, abrazaba al falso dios. Y en torno de ella, los hombres y las mujeres, con las manos trenzadas, danzaban febril-

mente, entre gritos de lascivia y cánticos invitadores a uniones de pecado.

Habían transcurrido los cuarenta días y las cuarenta noches. Signados en la piedra quedaban grabados para siempre los Diez Mandamientos.

Entonces llegó hasta Moisés el guerrero que guardaba intactos en su corazón los tesoros de la fe y le dijo:

—Baja hasta nosotros, pues el pueblo que sacaste de Egipto se ha corrompido.

Y Moisés bajó del monte con las Tablas de la Ley.

Los israelitas, envilecidos, habían convertido su campamento en el reino de la locura.

Dathan, ciñendo con sus brazos a la hermana de Moisés, invitaba a los idólatras a persistir en la orgía:

—¡Adorad el becerro, el dios del placer, pues el Dios de Israel no ve ni oye!

E inclinándose hacia Miriam, todo estremecido de carnales deleites, le murmuró:

—El pueblo adorará el becerro de oro y te llamará reina.

Ella vertió una copa llena de licor en la boca del ídolo, y sus brazos redondos y nacarados temblaron golpeando los flancos de la bestia de metal, mientras Dathan la excitaba con sus besos.

Mas he aquí que los ojos de «el Descontento» advirtieron cómo las manos de la mujer se cubrían de manchas, que al poco se convirtieron en pequeñas llagas llenas de pus.

—¡Mira tus manos! — exclamó. — Tienes lepra. ¡Impura, impura!

Y huyó con terror de su lado.

Moisés presenció este desenfreno y su alma se entenebreció.

—Salvad a mi pueblo—le rogó el guerrero.—Han



Ella vertió una copa de licor en la boca del ídolo,...

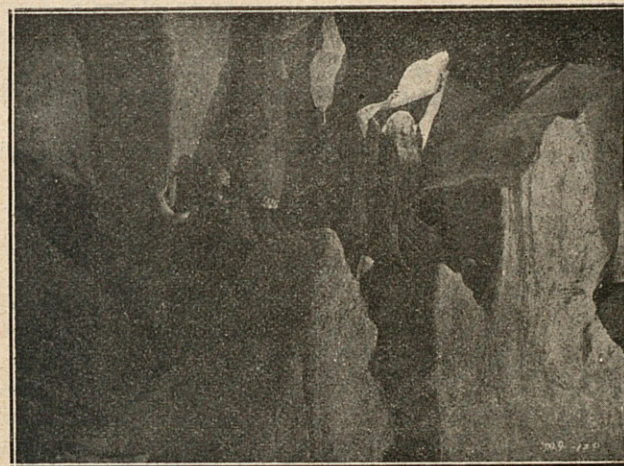
pecado y Aarón los ha desnudado ante su vergüenza.

La impura Miriam notó entonces cómo la lepra comía sus manos. El éxtasis voluptuoso en que se consumía acariciando al becerro transformóse en

súbito espanto, y quiso y no pudo librarse del estigma de aquellas llagas.

Y Moisés clamó:

—¡Ay de ti, oh Israel! Estás perdida, has provocado la ira del Señor.



— Os habeis hecho dios falsos; por lo tanto, no sois dignos de recibir las tablas del Único Dios.

Hacia él se arrastró Miriam, con sus manos mordidas por el veneno de su propia ignominia.

Y Moisés añadió:

—Os habéis hecho dioses falsos; por lo tanto, no sois dignos de recibir las tablas del Único Dios.

Y estallando su ira, dejó caer las tablas, que se rompieron al pie del monte.

—Limpiadme—gimió Miriam;—he adorado ídolos y estoy leprosa.

Todo Israel cayó en aquel momento de rodillas, presintiendo el daño que habían traído sobre ellos por adorar dioses falsos.

Entonces la cólera del Señor castigó al pueblo. Desgarráronse las nubes fulminando el ravo. Cayó roto el ídolo derribado por el poder divino, quebráronse las rocas y el fuego de lo alto destruyó a los que con más furia se habían entregado a la corrupción.

...Y aquel día cayeron más de tres mil hijos de Israel.

FIN DEL PRÓLOGO

I

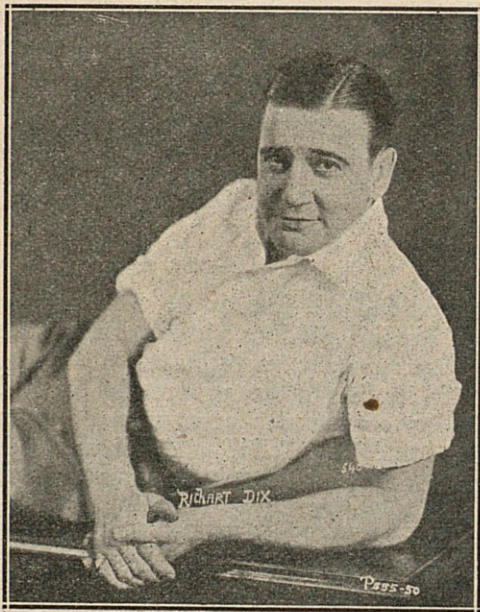
En una ciudad del Estado de California vivía la señora Mc Tavish, piadosa viuda, con sus dos hijos, Daniel y Juan, mozos ya talludos.

La buena madre había procurado educarlos con arreglo a las enseñanzas emanadas de fuente tan abundosa como la Biblia, y de manera especial, tratando de inculcarles los deberes que a todos impone el Decálogo.

Era la señora Mc Tavish mujer tan rica en años como en saber y lectora infatigable del Antiguo Testamento. Su frente estaba marcada con las arrugas de la meditación, y su mirada severa y sus cabellos blancos imponían respeto; pero su bondad era tanta que sus hijos encontraban siempre abiertos los cauces del cariño que conducían a su corazón.

Esta bondad maternal no era un obstáculo, sin embargo, para que la energía de su carácter desfalleciera ante el cumplimiento del deber, que se imponía a sí misma y obligaba a sus hijos a que

practicasen. Nada ni nadie la hacía transigir en este sentido, manteniéndose inflexible en todo aquello que pudiera significar defensa de los principios morales.

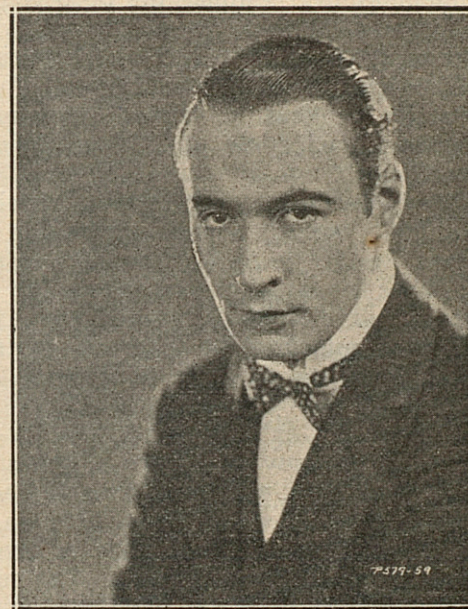


Juan Mc. Tavish.

RICHARD DIX

Tenía la preocupación de que sus hijos se le pareciesen en este su respeto a las leyes eternas, y por eso, desde niños, trató de infundirles el espíritu de los «Diez Mandamientos», llevando su afán

a adornar las paredes de su casa con cuadros en los que, en grandes letras, se destacaban los preceptos que un día diera Dios a Moisés en la cima del monte Sinaí, como recordatorio para el olvidadizo.



Daniel Mc. Tavish.

ROD LAROCQUE

No bastándole con esto, la señora Mc Tavish todas las noches, antes de la cena, les leía en voz alta el Exodo, penetrada de la conveniencia de que los jóvenes se dieran exacta cuenta de la necesidad

de practicar la virtud en todos los momentos de su vida.

De los dos hermanos, Juan, el mayor, dotado de un carácter reflexivo, de un ánimo sereno y con voluntad fuerte para el bien, oía atentamente a su madre, mientras que Daniel, un poco ligero, un mucho burlón, imbuído de la incredulidad de nuestro tiempo y sin otra fe ni otro entusiasmo que el de codiciar la riqueza, reía, por lo bajo, de las enseñanzas bíblicas, mirando socarronamente a su hermano y haciéndole guiños, pero guardando silencio por respeto a la anciana.

Al concluir aquella noche la lectura, en el punto en que Jehová, irritado contra su pueblo por el olvido en que le tuviera al adorar ídolos, fulminaba su cólera sobre los israelitas, la señora Mc Tavish cerró calmamente la Biblia y dijo:

—No olvidéis nunca, hijos míos, que la tranquilidad y alegría del espíritu sólo se obtienen en esta vida cumpliendo cada uno con su deber.

—¡Bah!—repuso desdeñosamente Daniel.—Todo eso, madre, estaba muy bien para aquellas gentes perdidas en el desierto; pero hoy ya nadie hace caso de las «Tablas de la Ley»... no están de moda.

La madre observó al hijo con cierta severidad.

—No quiero oírte hablar así—dijo.—Las verdades eternas nunca pasan de moda.

La bondadosa señora levantóse y fué a dejar el libro santo en la consola del comedor.

—¿En qué piensas?—preguntó Juan a su hermano.

Daniel se encogió de hombros, cruzó una pierna sobre otra y fijó los ojos en uno de sus zapatos, cuya suela comenzaba a romperse.

—Esto está mal—murmuró.

Juan echóse sobre las rodillas para mirar con detenimiento la bota deteriorada de su hermano.

—Es verdad, está mal—dijo.

—¡Qué lástima! No durarán mucho tiempo. ¡Y con lo bien que me estaban! Cuando los compré, más de una muchachita se prendó de mí con sólo mirarme a los pies. ¡Qué admiración se leía en sus ojos! Se adivinaba lo que pensaban: «Este chico calza muy bien.»

Se detuvo satisfecho, observó la sonrisa de su hermano y añadió:

—¡Ah, Juan! Es conmovedor este espectáculo. Créeme, se me desgarrará el corazón el día que tenga que desprenderme de estos zapatos... Si los Mandamientos pudieran arreglármelos, te aseguro que me resultarían más interesantes.

Estas últimas palabras sobresaltaron a la señora Mc Tavish, siempre celosa de la buena doctrina. Volviendo sobre sus pasos, se dirigió a su hijo y lo reprendió con dulzura:

—Si sigues hablando en esa forma, es posible que te ocurra a ti lo que ocurrió a los hijos de Israel por adorar al becerro de oro.

Los ojos de Daniel se abrieron con zumbona alegría.

—¡Un becerro de oro!—exclamó.—¡Quién lo pillara! Lo menos debía pesar... ¿Cuánto crees tú que pesaría, Juan? Puesto a la venta, nos darían por él quizá cien mil dólares.

Su madre movió la cabeza con amargura. Le apenaba oírle expresarse de aquella manera.

—No quiera tu destino que un día tengas que arrepentirte de lo que hoy dices—lamentó.—Nin-

guna pena tan grande para mí como la de saber que un hijo mío olvidaba los mandatos del Señor.

Con un súbito impulso de cariño, Daniel se acercó a acariciar a su madre; y en seguida, llevado de su buen humor y de su indiferencia religiosa, extrajo de uno de sus bolsillos una moneda, un águila de oro que llevaba como dije, y alzándola en alto, habló así:

—No crea usted, madre, que yo sea partidario del becerro fabricado con las joyas de unos cuantos israelitas aburridos; ahora que, cuando esta águila dorada mueve las alas, siento la tentación de adorarla.

La señora Mc Tavish comentó con tristeza:

—No piensas más que en el dinero.

—¿Y eso es malo?

—Al menos, no es muy bueno—contestó Juan.

Daniel los contempló con asombro burlón, volvióles las espaldas, se aproximó a la consola, puso sobre la Biblia, como sobre un altar, la moneda, colocó delante de ella su pipa con el cigarro encendido como una antorcha encargada de desprender el humo propicio a las ceremonias, y, juntando las manos para la súplica, rogó:

—¡Bonita águila dorada, manda unos cuantos aguiluchos a tu devoto!

Su hermano, siempre sonriendo, le tocó en un hombro, interrumpiendo su divertido ruego para decirle:

—Ríete cuanto quieras de los Diez Mandamientos, pero confiesa que son una gran Ley.

—No te conozco, Juanito. ¿Por qué no alquilas un púlpito si quieres echar sermones?

—Porque tengo que trabajar en mi taller de carpintero.

Daniel le objetó:

—Eso no es una razón; todas las tardes sueles salir durante una hora, y ese tiempo podías aprovecharlo rescatando las almas de los que viven en el error.

Luego, dando a su voz un tono marcadamente zumbón, prosiguió:

—¡Qué bravo clérigo harías, querido hermano!... Pensándolo bien, es una pena que no dejes tu oficio de carpintero; aunque la verdad sea dicha, la virtud lo mismo puede ocultarse debajo de la blusa del obrero que debajo de la sotana del sacerdote.

Juan aceptó la broma sin enfadarse. El buen humor es garantía de corazón limpio. Cierto que no faltan las excepciones; sin embargo, siempre inspira más confianza un hombre alegre que otro triste.

En su casa, los dos hermanos convivían cordialmente. Se llevaban bien y nunca hubo choques entre ellos. Esto no quiere decir que pensarán lo mismo ni que sus deseos fueran afines, pues mientras Juan se contentaba con la humildad de una existencia modesta, sin otras ambiciones que las de perfeccionarse en su oficio, Daniel soñaba en grandes empresas, deseando llegar a ser uno de esos hombres que barajan las cifras y los millones, siendo dueños de fabulosas fortunas.

Para conseguir sus propósitos, a Juan bastábase sus propios medios, y gustosamente limitaba el horizonte de sus ilusiones a las paredes de su taller, del que no deseaba salir.

En cambio, Daniel, para alcanzar sus ambiciones, ideaba toda suerte de planes, sin que le detuviera consideración alguna. El fin era lo único que le importaba; en cuanto a los medios, todos le parecían buenos si contribuían a impulsarle rápidamente hacia la cumbre de la riqueza.

La señora Mc Tavish conocía bien el carácter de sus hijos, y estaba llena de temores por el porvenir de Daniel. Pero confiaba en que, a pesar de sus burlones comentarios acerca de lo que constituía para ella lo más fundamental en la vida—el cumplimiento estricto del deber,—su hijo no olvidaría nunca totalmente las enseñanzas recibidas y que se mantendría respetuoso dentro de las normas de la legalidad y la justicia, sin rebasarlas en ningún caso por el afán de acumular dinero.

Mientras trajinaba, preparando la mesa para la cena, no perdía de vista a sus hijos, prestando oídos a sus palabras.

Juan hablaba con mesura, suavemente, y Daniel le replicaba con impetuosidad entre graciosa e irritada.

—¿Acaso tú no crees en nada?—preguntó el hermano mayor.—¿No te has detenido nunca a pensar en lo que nos espera después de la muerte?

—He de confesarte, querido Juanito, que no me agrada pensar en cosas tristes—repuso Daniel.

La madre se detuvo, disimulando su actitud de oyente con pequeños pretextos.

—En fin de cuentas, a ti te tienen sin cuidado estas cosas.

—Completamente; y además, empiezas a fastidiarme.

—¡Hombre!

—Lo que te digo... ¿Qué sé yo si existe un ser por encima de nosotros? Yo no he visto en el cielo—un poco más abajo, por supuesto—otra cosa que pájaros y aeroplanos. Y por lo que se refiere a los Mandamientos, nunca me han proporcionado provecho alguno.

La madre se contuvo a duras penas para no intervenir.

—¿Entonces, quién es Dios para ti?—preguntó Juan.

—Un buen viejo de barbas blancas que lleva un triángulo sobre la cabeza, calza sandalias y se sienta en las nubes, sin que nadie lo vea, a no ser unos cuantos pintores de mala muerte, que lo toman como modelo para hacer portadas de libros religiosos.

Herida en sus sentimientos más íntimos, la señora Mc Tavish, profundamente indignada, hizo callar a Daniel.

—No consentiré que blasfemes en esta casa. O pides perdón a Aquel a quien acabas de ofender, o te vas.

Sorprendido por aquel tono de autoritaria violencia, Daniel tomó la gorra y se dirigió a la puerta.

—Madre, ¿crees tú que haces bien en echar a Daniel de casa invocando el santo nombre?

La señora Mc Tavish hizo un ademán a su hijo, y Juan acercóse a su hermano.

—Pídele perdón.

Dando vueltas a la gorra, Daniel accedió:

—A ella no me importa pedirle perdón; a quien no puedo pedirselo es a *eso* que para mí no es más que una sombra que ha proyectado sobre el mundo la imaginación de unos cuantos hombres asustados.

—La mesa está puesta—le interrumpió su madre, —pero no te sentarás a ella como no te arrepientas en seguida de lo que has dicho.

Daniel abrió la puerta. Unas arrugas perpendiculares fruncían su ceño, dando a su rostro una expresión adusta. La noche era tormentosa. Detenido en el umbral, veía caer la lluvia y oía las voces diversas del viento, que arrastraban en sus olas una extraña angustia que le afligió en el primer momento.

La señora Mc Tavish, viéndole vacilar, tuvo aún la esperanza de que su hijo se sometería.

De pronto Daniel se caló la gorra, alzóse las solapas de la chaqueta y salió.

Sobre la ciudad habíase desencadenado una de esas tormentas del otoño que descargan contra la tierra toda la energía eléctrica acumulada durante los calores estivales y toda el agua condensada en los grandes depósitos de las nubes.

Llovía a torrentes, y la noche, obscura, parecía poseída de una loca desesperación que le hacía llorar con la lluvia y gemir con el viento.

El pavimento de las calles se erizaba golpeado por las gotas cada vez más gruesas y los canalones vertían torrenteras, hinchando las alcantarillas.

Con la gorra hasta los ojos, Daniel se dirigió a vagón restaurante de Dugan.

Una muchachita, a la puerta del restaurante, aguantaba las inclemencias del tiempo sin tener un paraguas ni un impermeable con que resguardarse.

Daniel la miró, torció el gesto y entró en el vagón.

La muchachita lo vio entrar y no disimuló su envidia. Estrechó en sus brazos un perrillo melonado,

feo y rezumante de humedad y lo consoló con estas palabras:

—No te preocupes, chuchó; detrás de la tempestad viene la calma, como más de una vez se lo he oído decir al predicador de Rosevelt Street.

El perro no hizo ninguna observación; acaso encontrara justas las palabras de su ama, que se estremeció, sintiendo que sus vestidos no eran ya sino una compresa adherida a su cuerpo, separó de la frente algunos cabellos desrizados que le chorreaban sobre el rostro, y se dijo:

—Cualquiera creería que estamos aquí por capricho, chuchó; ¡y qué equivocado andaría el que tal pensase!... Este baño es un baño a destiempo; y además... empiezo a tener hambre.

Se empujó en las puntas de los pies y miró a través de uno de los cristales del restaurante, en cuyo interior, confortablemente instalados, unos cuantos favorecidos de la suerte comían manjares substanciosos, al abrigo de la lluvia y del frío.

Por desgracia para ella, la suerte es de una frivolidad tan femenina que casi nunca acierta al elegir sus favoritos; y así, Mary Leigh y su perro se encontraban solos en el mundo y tan desamparados en su desventura que su disyuntiva era la siguiente: pasar hambre o robar.

Es triste, pero es verdad; hay muchos huérfanos en el mundo. Cierto que muchos huérfanos han cumplido los cincuenta años y su orfandad no inspira una pena excesiva. Mas el caso de Mary Leigh era otro: ella no tenía padres y sólo contaba diez y nueve años.

El día anterior la habían despedido de la oficina

en que trabajaba. Todo por culpa de su perro, que se atrevió a entrar en el despacho del director y, ¡oh infortunio! atraído por los zapatos de charol del jefe, el chucho se miró en ellos como en un espejo y



Mary Leigh.

LEATRICE JOY

en seguida, respondiendo a una deplorable necesidad, alzó una patita y...

... Minutos después, Mary Leigh quedaba despedida.

Ahora la pobre muchacha, después de abandonar la pensión por no poder pagarla—ella nunca hizo ahorros,—se encontraba en medio de la calle inmenso charco azotado por el viento, arrimada contra el restaurante de Dugan. Ya que no tenía dinero para proporcionarse la cena, al menos aspiraría el vaho de la cocina y vería comer a los demás, pues esto, aunque poco, siempre alimenta algo.

Y no cesaba de llover. Aquello era espantoso.

Mary Leigh no conservaba ya nada seco, ni los ojos, a los que, no obstante los tesoros de alegría de su juventud, acudían a veces algunas lágrimas rebeldes que podían confundirse con gotas de lluvia.

Los afortunados que entraban en el restaurante la miraban con fugaz curiosidad y no le decían nada, y eso que era bonita, deliciosamente bonita, aunque su aspecto en aquella noche inspirase más pena que admiración.

Tan indiferente como los que le precedieron, Daniel observó de reojo a la muchacha y pasó adelante.

—Ese joven no tiene paraguas—dijo Mary Leigh a su perro;—pero, en cambio, tiene dinero en su bolsillo.

Luego, sacudiéndose los hombros, añadió:

—Como siga lloviendo mucho tiempo, me parece que nos vamos a ahogar. Y la culpa es tuya, chucho; ciertas necesidades no deben hacerse nunca en los zapatos de un director. Estás muy mal educado.

A todo esto, Daniel se dirigía a un amigo suyo, empleado de Dugan, y le decía:

—Sírvenme algo de comer.

—¿Y eso?—preguntó el amigo.—¿Has reñido con tu madre?

—Casi... Me he marchado de casa porque me estaban dando la lata hablando de religión con tanta frialdad que salí a tomar la lluvia para calentarme.

—¡Qué divertido!

—¿Tú crees?... No me mires con esos ojos de besugo. Voy a sentarme al lado de aquella ventana en la que veo a un conocido, y tú date prisa para que me lleven algo de comer.

Precisamente, del otro lado de la ventana se hallaba Mary Leigh, la cual vió con asombro cómo el joven se disponía a hincar el diente a un panecillo relleno.

—¡Qué apetito tiene ese muchacho!—exclamó.—Y será capaz de comérselo todo.

Se equivocaba, sin embargo. El apetito de Daniel, respetable como el de todos los que tienen veinticuatro años, no sentía prisas. El hijo de la señora Mc Tavish apartó un poco el plato y se puso a hablar con su conocido.

—No comprendo cómo puedes respirar esta atmósfera, Carlos; está cargadísima. Con tu permiso voy a abrir la ventana.

Hasta las narices de Mary llegó una oleada caliente enriquecida por toda clase de aromas de salsas y asados. La muchacha aspiró con delicia. Luego adelantó el cuello y observó aquel comedor tan cercano en el que había tantas cosas codiciables. Sus ojos se fijaron en el panecillo relleno de Daniel y ya no pudieron ver otra cosa, como si el pan los hubiera fascinado... En sus brazos, el chuchó se movía con alguna nerviosidad; su olfato también acababa de percibir el olor grato de las viandas

más diversas. Durante cinco minutos, la muchacha y el perro sufrieron en silencio el suplicio de Tántalo. Después... ¿Cómo fué? Instintivamente, la hambrienta alargó el brazo, deslizó la mano por la ventana abierta y se apoderó del panecillo. Pero apenas si tuvo tiempo de disfrutar de aquel botín.

Daniel no tardó en advertir que su cena se había evaporado y aun pudo ver a quien tenía que agradecerse.

Bruscamente se incorporó y asomóse a la ventana:

—Señorita, no se vaya usted, que no se lo ha llevado todo.

Mary no siguió el consejo que le daban, echándose a correr con todas sus fuerzas.

Tras ella salieron Daniel y su amigo, a los que, poco después, siguieron unos cuantos curiosos que ignoraban lo que había sucedido.

Sin soltar el perro ni el panecillo, la joven aumentó su velocidad, metiéndose en los charcos, saltando como un gamo y sin preocuparse de la lluvia.

El número de los perseguidores aumentó; surgían de todas partes, y la gente corría aunque no sabía por qué.

Un chiquillo tropezó con una pareja de guardias.

—Me parece que ha habido un crimen en el restaurante de Dugan—dijo; —los que corren son los que estaban cenando, que han salido detrás del asesino.

Afluyeron nuevos curiosos. La cosa comenzaba a ponerse grave.

Mary consideró peligrosa su situación. El miedo se había apoderado de ella. Ya le iban a los alcances.

Dió la vuelta a una esquina buscando un sitio donde esconderse y sus ojos leyeron el siguiente rótulo en una puerta:

«Taller de carpintería de Juan Mc Tavish.
Pasar sin llamar.»

No se detuvo a pensarlo. Empujó la puerta y, como decía el rótulo, pasó sin llamar.

—¡Ah, chuchó!—exclamó.—¡Qué difícil es ser ladrón!

Al fin respiraba tranquila. Miró a su alrededor. Se encontraba, efectivamente, en un taller de carpintero: escoplos, martillos, virutas, sierras... Había de todo.

Frente a la puerta de entrada había otra de cristales en los que se reflejaba la luz de un interior desconocido.

—Ahora se presentará el señor Mc Tavish—pensó la joven— a saludar a su cliente y a ponerse a mi disposición. Lo malo es que yo no tengo nada que encargarle, aunque son muchas las cosas que me hacen falta.

La puerta de cristales se abrió.

—Buenas noches—saludó Juan.

Y no añadió nada más, sorprendido al ver a aquella muchacha mojada de pies a cabeza, con un perro en los brazos y un panecillo en la mano.

—Verá usted...—tartamudeó Mary.

Juan sonrió, y viendo la nobleza de su expresión, con una súbita confianza, ella no quiso mentir y dijo la verdad:

—No he comido nada desde ayer, y al pasar por el restaurante Dugan cogí este panecillo para no morirme de hambre.

Su actitud confusa y llena de sonrisas tenía un encanto ingenuo que impresionó agradablemente al hermano de Daniel.

—¿Y cómo ha salido usted de su casa con la noche que hace?

—Salí porque me echaron... Y me echaron porque no pagaba... Y no pagaba...

—Porque no tenía usted cuartos—la interrumpió él.

—Eso es... Me he quedado sin empleo por culpa de mi perro.

—¿Le ha mordido al jefe de usted?

Mary se encendió un poco y, lo mejor que supo, explicó la desvergonzada conducta del chuchó.

—No comprendo como lo conserva usted después de acción tan fea.

—¡Pobrecillo!—exclamó Mary.—¿Qué iba a ser de él si yo lo abandonase? Además, me ha prometido que se enmendará.

—Démelo usted, señorita, y haga el favor de seguirme. Voy a presentarle a mi madre.

La señora Mc Tavish no pudo ocultar su sorpresa al ver a aquella joven a la que las ropas empapadas daban cierta semejanza con una esponja que hubiera estado mucho tiempo sumergida en el agua de una jofaina.

—Madre, esta muchacha no tiene a nadie en el mundo—le explicó Juan.—Invítala a que cene esta noche con nosotros y que se quede en nuestra compañía mientras no encuentre colocación.

La anciana inclinó la cabeza.

—Sea bienvenida a mi casa la señorita...

—Mary Leigh, huérfana, natural de Prescott—dijo ella presentándose.

Alrededor de los pies de la joven se había formado un pequeño charco con el agua que escurría de sus vestidos.

—Tiene usted que secarse—indicó Juan—y mudarse de ropa.

—¿Mudarme?—preguntó ella con perplejidad.—Pero...

—Sí, ya veo que no trae usted equipaje. De todos modos, entre usted en esa habitación, donde hallará unas zapatillas en buen estado y un excelente abrigo de casa. De momento, se arreglará usted con eso.

Oyendo a su hijo, la señora Mc Tavish pensó que no habían sido inútiles sus enseñanzas; cuando menos Juan parecía inspirar sus palabras y sus actos en los mandatos eternos e inmutables, practicando la caridad como un patriarca bíblico.

A Mary se le ocurrieron consideraciones de otro orden. El carpintero se le antojaba un excelente joven y la anciana una bondadosa señora, los cuales, compadecidos de su situación, trataban de mitigar sus penas y librarla de su actual miseria. Y este juicio, ella para nada lo mezclaba con los preceptos contenidos en el Antiguo Testamento.

Aceptó de buena gana el consejo de Juan y pasó a la habitación donde debía encontrar el abrigo.

Y entre risas fué Juan quien abrigó los pies de la muchacha con unas zapatillas.

Mary acordóse entonces de sus perseguidores y le dieron ganas de reír.

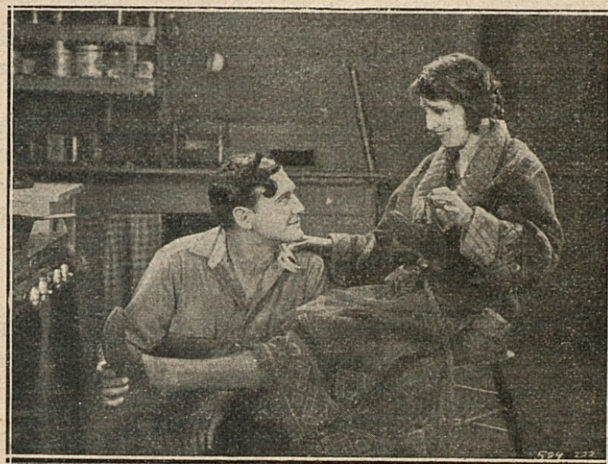
—El muchacho sin paraguas, se ha quedado sin cena—pensó.

Y este pensamiento le hizo tanta gracia, que se

tapó la boca para contener la explosión de su regocijo.

Mientras tanto, Daniel y su amigo, perdida la pista de la ladrona, llegaban a la puerta de la casa del primero.

Poco a poco, los curiosos que los habían seguido,



Y entre risas fué Juan quien abrigó los pies de la muchacha con unas zapatillas.

enterados de la verdad, se fueron marchando; y los guardias prevenidos por el chiquillo, cuya desbordante imaginación había visto un crimen donde sólo hubiera el hurto de un trozo de pan, lamentando su inútil carrera, se marcharon también.

La lluvia continuaba cayendo con una tenacidad

invernal, como si se hubiera propuesto desesperar a los reumáticos.

Daniel, «a cuerpo y sin paraguas», teniendo tan cerca su casa, se determinó a proveerse de un impermeable para aguantar mejor aquel castigo de las nubes.

—Espérame un momento—dijo a su amigo.

—¿No te quedas en tu casa?

—Mi madre me echó hace escasamente una hora; así es que no tardaré. En cuanto coja el impermeable, estoy aquí; cuestión de un segundo.

Carlos, el amigo de Daniel, era un buen camarada; tan bueno que, sin miedo al tormento del agua que caía a escandalosamente, como si las nubes se hubieran escalonado formando una catarata, metióse las manos en los bolsillos, bajóse el ala del sombrero y animó resignadamente a su compañero:

—Date prisa, piensa dónde y cómo me dejas.

—No te preocupes, muchacho... aparte de que debes consolarte si reflexionas que esta lluvia es muy buena para la hortaliza.

—¿Te burlas?

Daniel no contestó; hizo con la mano una seña a Carlos y transpuso los umbrales de su casa.

Encontró puesta la mesa y a su hermano con una expresión de alegría inacostumbrada; pero nada le preguntó.

—¿Qué buscas?—le interpeló Juan.

—El impermeable.

—¿Es que te marchas otra vez?

—Claro... Nuestra madre me ha dado a elegir entre la Biblia o la calle, y yo prefiero la calle... La Biblia es muy aburrida.

Su hermano lo oía, permitiéndose el lujo de son-

reír de una manera enigmática. En otras circunstancias, Daniel hubiera concebido alguna sospecha; pero en su situación, sólo pensaba en el porvenir que le esperaba aquella noche, callejeando con su amigo.

Después de coger el impermeable, se encaminó a la puerta.

—Espérate.

Se volvió, y por primera vez notó que algo le sucedía a su hermano.

—Antes de marcharte, déjame que te enseñe lo que nos ha traído la tempestad.

—¿Y qué es lo que os ha traído?—preguntó Daniel en plan de hombre que se entrega a la sorpresa.

—¿Un catarro?...

Juan le impuso silencio y le hizo entrar en el comedor, donde Mary, envuelta en un abrigo, se hallaba gozosamente sentada en una butaca.

—La señorita Mary Leigh, nuestra invitada... Mi hermano Daniel...

Los dos jóvenes se contemplaron con estupor.

—¿Usted?—preguntó Daniel.

Ella miraba a su víctima y a Juan con un recelo que difícilmente ocultaba la risa, yendo con sus ojos de uno a otro sin saber qué decir.

Daniel la miró severamente.

—¿Y mi panecillo?

—Nos lo hemos comido entre mi perro y yo.

Juan comprendió en el acto lo que pasaba.

—De modo que tú eres el que estaba en el restaurante, y esta señorita...

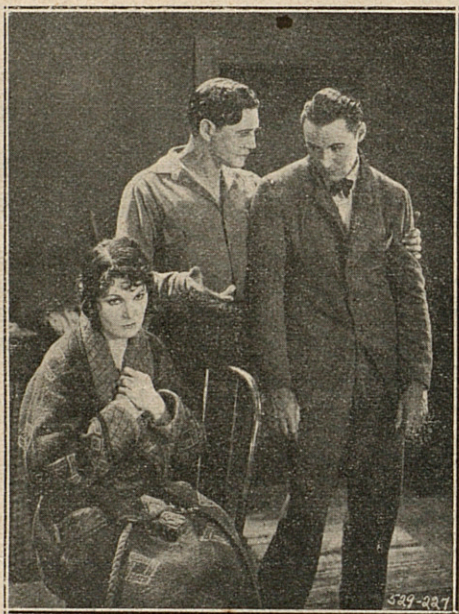
Mary asintió, y Daniel, acercándose a la pared, descolgó un cuadro en el que había escrito el cuarto mandamiento.

—Lea usted, señorita—dijo a la joven.

Ella leyó:

—NO ROBARAS.

Los tres jóvenes guardaron silencio, y la risa surgió al mismo tiempo de sus labios.



— La señorita Mary Leigh, nuestra invitada...

Luego Daniel fué mostrando a Mary los cuadros que llenaban las paredes, y cada uno de los cuales encerraba en su marco una gran cartulina en la que

con letra gótica estaba escrito un precepto del Decálogo.

—¡Pero si hoy ya nadie cree en eso —exclamó la muchacha.—Cualquier novela resulta más interesante.

—¿Has oído, Juan?



Los tres jóvenes guardaron silencio, y la risa surgió al mismo tiempo de sus labios.

—Perfectamente; sin embargo, no creo que haya hablado en serio.

Mary se abstuvo de confirmar su juicio. Mas en aquel mismo instante comprendió que ella y Daniel pensaban lo mismo. Y esto le pareció muy bien. Estaba segura de que de los dos hermanos, el menor era el más divertido.

La señora Mc Tavish se presentó en el comedor y dijo solemnemente:

—Juan y usted, señorita, pueden sentarse a la mesa.

La madre excluía al otro hijo. Por los ojos de Daniel cruzó una mirada triste. El tendría que marcharse. Lo habían echado. Dió un paso hacia la puerta...

—¿Se va usted?—le preguntó la joven.

El la miró y se dijo que debía ser muy agradable tener al lado aquella linda muchacha.

—Anda, pídele perdón a mamá—le aconsejó Juan.

Y la señora Mc Tavish, que sólo deseaba perdonar, sonrió a su hijo y le invitó también a sentarse a la mesa.

Daniel ocupó su puesto de siempre, y entre él y su hermano, fué puesto el cubierto de la muchacha, que se apresuró a desdoblar la servilleta.

Indiscutiblemente, la señorita Leigh era una joven con suerte. Cuando no le quedaba otra esperanza que la de dormir en la calle y con el estómago frío, la fortuna le abría las puertas de una casa donde la acogían cordialmente y le daban de cenar.

No acabó de desdoblar la servilleta, porque la señora Mc Tavish empezó a decir las palabras de una oración.

Todos inclinaron la cabeza, adoptando una actitud de piadosa religiosidad.

La joven alzó de pronto los ojos y se encontró con que Daniel también la miraba, y los dos se burlaron un poco de la buena madre que rezaba.

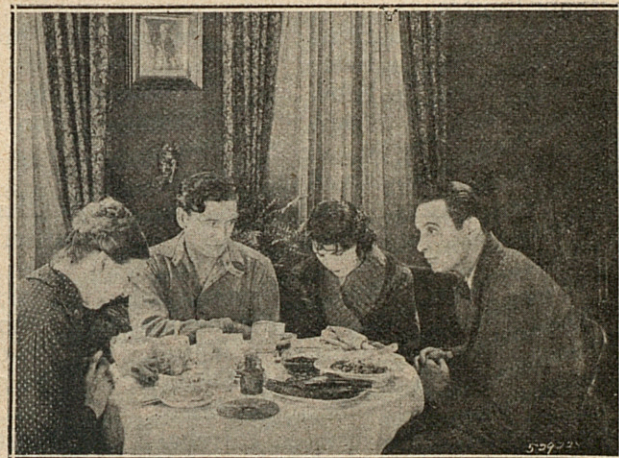
Juan los observó y supo disculparlos.

Los tres volvieron a inclinar la cabeza, repitiendo

las palabras que decía con voz suave la señora Mc Tavish.

En los cristales, la lluvia tamborileaba con sus dedos frágiles y sonoros.

Fuera, arreciaba la tormenta y se oían los bramidos del viento.



Juan los observó y supo disculparlos.

Daniel no se acordaba ya de su amigo.

El infortunado Carlos, más mojado que un calamar—animal tan poco venturoso que se pasa la vida en el agua para morir ahogado en su propia salsa,—seguía esperando.

El buen muchacho, compadecido de sí mismo, quiso distraerse fumando un cigarro, que logró

hacer no sin dificultades a causa de la lluvia; sin embargo, salió adelante con su deseo y encendió una cerilla. Inclínose entonces para prender fuego en el pitillo y, bajando la cabeza, su sombrero soltó una manga de agua, apagando el fósforo. Carlos se indignó, tiró el cigarro, dijo unas cuantas frases mal sonantes y... continuó esperando. Su paciencia no tenía límites.

—¿Qué estará haciendo ese granuja?—se preguntó.—¿Se habrá muerto?

No, Daniel no se había muerto. Al contrario, se sentía más vivo que nunca cerca de Mary, con la que estaba perfectamente de acuerdo en que la señora Mc Tavish rezaba demasiado.

Y con las cabezas bajas, los dos jóvenes musitaban débilmente la oración de gracias con que la anciana bendecía la mesa.

Ella tenía ganas de comer, por lo que se le hacía un poco pesado aquel principio, ajeno a sus costumbres de muchacha sin otras inquietudes que las de vivir de la mejor manera posible, aun cuando su alma estuviera limpia de malos deseos.

Juan era el único que se entregaba en espíritu a aquella costumbre, tan dulcemente patriarcal.

Al fin, la señora Mc Tavish puso término a sus oraciones y se levantó para servir la cena.

Entonces Daniel dijo a Mary.

—Es usted muy inteligente, señorita.

Ella adivinó el sentido de aquel elogio y repuso:

—Casi tanto como usted.

Y sus miradas se cruzaron, mientras Juan pensaba que acaso la tormenta le había traído aquella noche un poco de felicidad.

II

En la vida de los hombres, durante su juventud, entre todas las verdades conocidas sólo hay una que atrae su curiosidad, fuerza su atención y ejerce señorío en su ánimo. Esta verdad, que para las mujeres sigue siendo la misma en el transcurso de su existencia, es la siguiente: «El amor es la única razón de vivir.» Para ellas el pasado, el presente y el futuro no gira más que alrededor de esta generosa ambición de sus almas, y desde que la niña deja de serlo y se convierte en mujer, sólo vive por y para el amor.

En el hombre en cambio, como ha dicho una escritora francesa, el amor no es más que un episodio, pero un episodio al que se entrega por entero en los años mozos, que lo absorbe completamente y hace de él una pluma al viento que marcha empujada por el fuego de unos ojos no siempre bonitos.

Los dos hijos de la señora Mc Tavish se hallaban en ese momento de la juventud en que las ilusiones sentimentales palpitan vivamente en las almas.

Y he aquí que una muchacha, graciosa y agrada-

ble encontró abiertas las puertas de su casa, surgió ante ellos y vivió a su lado durante una semana.

Ninguno de los dos hermanos se percató de lo que le acontecía al otro, y los dos fueron como satélites que giraron inconscientemente en torno al sol de belleza de la señorita Leigh.

Llegó el domingo. Daniel y Mary se encontraron, sin haberse citado, en el taller de carpintería.

—¿Qué tal, señorita?

—Muy bien... Hace un buen día.

—No hablemos del tiempo; es un tema que se agota pronto.

—Lo dije sin el menor propósito de entablar conversación acerca del clima del Estado de California.

—Siendo así...

Daniel señaló a la muchacha un gramófono colocado en una mesa de tornear.

—¿Qué le parece a usted? Es un gramófono.

—Sí, ya lo veo.

El joven hizo un ademán de una insuperable vaguedad. Luego abrió los labios y dijo pausadamente:

—Se trata de un gramófono admirable.

—¡Ah!

—No, no suponga usted que anda solo ni que sea capaz de beberse una botella de cerveza; nada de eso.

Daniel hizo una pausa y añadió:

—Lo que tiene de notable es que toca unos «fox-trot» que son una delicia, y en cuanto a los «jazz», no se le pueden oír sin que sienta uno la tentación de bailarlos.

Mary sonrió ligeramente.

—¿Y lo ha comprado usted?—preguntó.

—Yo sólo he comprado las placas; el aparato es de mi hermano, que lo adquirió para regalárselo a mamá con unos cuantos salmos que no se pueden oír sin quedarse dormido.

—Es pues un gramófono profano-religioso.

—Justamente; mamá lo usa para que cante salmos y yo para bailar.

—¿Es que baila usted solo?—inquirió Mary muy sorprendida.

—Espero que no, estando usted aquí.

—¿Y si yo no bailase?

Daniel se rascó la frente.

—Entonces—dijo,—lo mismo que otras veces, bailaríamos con una silla; las hay que se dejan llevar bastante bien.

Mary soltó un chorro de risa, que semejó, por lo armoniosa, la melodía de una cascada de cuentas de cristal en una fuente de oro.

—¿Quiere usted que lo probemos?

—Si usted lo desea...

—¿Un «fox»? ¿Un «jazz»?...—inquirió Daniel.

—Primero un «fox»—contestó ella torciendo a un lado la cabeza.

—¿Y luego?

—Luego un «jazz».

—¿Y luego?

—Luego... será usted el que decida.

Daniel lanzó un grito de entusiasmo, miró a la señorita Leigh con unos ojos de una elocuencia contundente y dijo:

—Es usted una criatura deliciosa, Mary.

Y preparó el gramófono, que se puso a tocar un «fox».

—Señorita...

—Caballero...

Y los dos jóvenes, enlazándose, comenzaron a dibujar con los pies las figuras más extrañas.

—Baila usted admirablemente—dijo él.

—Gracias a usted—opinó ella.

—¿Quiere usted inclinarse un poco a la derecha para no tropezar con el banco de carpintero?

—Estoy en sus brazos; guíeme usted.

—Ya me doy cuenta.

Y en el pequeño taller, sorteando todos los instrumentos del oficio de Juan, Daniel y Mary continuaron bailando y, poco a poco, fueron adquiriendo el convencimiento de que en el mundo no existían dos seres que supieran divertirse tan agradablemente como ellos.

En otra habitación de la casa, Juan, vestido de riguroso luto, como si se preparase a asistir a alguna ceremonia solemne, extraía de uno de los bolsillos de su traje un paquetito, lo desenvolvía con cuidado y ponía al descubierto una menuda caja, que volvía a guardar después de abrirla y sacar un papel de su interior.

Aquel papel era un recibo. Esto, al parecer, no significa apenas nada; pero si revelamos lo que decía el recibo, entonces las cosas cambian de aspecto.

Juan alzó el papel a la altura de sus ojos y leyó:

JOYERÍA BROWN—WALTER-STREET

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Sortija de oro con un brillante 2 dólares semana

El lector habrá adivinado que Juan había adquirido una sortija a plazos. ¿Con qué objeto? Esto es lo que él no decía.

Ahora, que el lector también puede adivinar los motivos que obligaron al carpintero a comprar una sortija. Nosotros no nos atrevemos, por el momento, a descubrirlos. Lo que sí nos permitiremos decir es que Juan parecía muy satisfecho, y que él creía tener razones bastantes para estarlo.

Dejémosle con sus ilusiones.

El gramófono continuaba invadiendo la casa con su música fácil. A quienes no se oía era a los que bailaban. Perfectamente unidos, sin soltarse nunca, ellos seguían el compás de la danza, aprovechando el reducido espacio del taller de la mejor manera posible. No hacían, y si alguna vez lo hacían, no pasaban del monosílabo o de la frase escueta impuesta por la cortesía.

—¿Se cansa usted?

—No.

Una pausa.

—¿Y usted?

—Tampoco.

Transcurrieron algunos minutos.

—El «fox» se acaba. ¿Ponemos la placa del «jazz»?

—Encantada.

Y cambiada la placa, vuelta a bailar. Parecían dos forzados al horrible castigo de moverse siguiendo el compás del gramófono por toda la vida. Sin embargo, ellos se sentían felices.

—¿Qué tal el «jazz»?

—Es de mi gusto.

—¿Sí?

—Sí.

Esto duró un cuarto de hora, aproximadamente. Ella advertía que Daniel deseaba decirle algo y tenía mucho interés en que se lo dijera pronto. Pero él esperaba una oportunidad y se reservaba.

La oportunidad se presentó en el instante en que un rizo de los cabellos de Mary rozó el rostro del joven.

—Mary...

—¿Qué?

—Estoy loco por ti, pero no me atrevo a decirte lo que pienso.

—¡Qué casualidad!—exclamó ella.—A mí me pasa lo mismo.

—¿De veras?

La señorita Leigh no contestó, pero reclinó su linda cabecita en el hombro de él. Y todo quedó dicho.

Sin duda alguna, como lo presintieron desde el primer día, los dos habían nacido para entenderse; iguales eran sus gustos y sus opiniones idénticas: los dos renegaban de la Biblia, les tenían sin cuidado los Mandamientos, eran aficionados al baile y por último, se gustaban el uno al otro. ¿Qué mejor? Estaban en camino de formar la pareja perfecta.

Así fué cómo los sorprendió Juan, quien, a pesar de ello, sólo se dió cuenta de una cosa: que Mary y su hermano bailaban.

La presencia del carpintero puso término al baile.

Juan, sin embargo, los miraba sonriendo. Tan sencilla y tan noble era su alma, que la verdad permanecía oculta a sus ojos. Desde que la señorita Leigh entró en su casa, él le había dedicado por entero sus pensamientos, y la esperanza de una

dicha posible al lado de ella acabó por cegar sus sentidos.

—Mary, ¿me haces el favor?

La joven subió el escalón que separaba el taller del resto de la casa y se detuvo cerca del hermano de Daniel, quien, sin hablar, le ofreció un ramo de flores.

—La flor de azahar significa matrimonio—dijo, ella pensando en su compañero de baile:—¿No lo sabías?

—Sí, lo sé... Esas flores son de un hombre que está loco por ti y no se atreve a decírtelo.

Había tal coincidencia entre aquellas palabras y las que acababa de oír a Daniel, que Mary no dudó un instante de que Juan estaba comisionado por su hermano para pedirla en matrimonio.

—Ese hombre—añadió Juan—te ama mucho y quiere casarse contigo, pero no sabe si tú le quieres.

Cada vez más persuadida de que se trataba de Daniel, ella volvió la cabeza para mirarlo y dijo:

—¡Oh, lo encuentro admirable! Y estoy segura de que me gusta tanto como yo le gusto a él.

Juan siguió la mirada de la muchacha y la vió fija en su hermano. Vaciló un instante. Como si sintiera un brusco choque en el corazón, llevóse las manos al pecho. Sus mejores esperanzas se derrumbaban de súbito, y el alma se le desgarraba abriéndose en una enorme herida.

Pero él era más fuerte que su propio dolor; su rostro, un segundo ensombrecido, recobró la serenidad, y una sonrisa apuntó en sus labios.

Dominándose, tranquilamente, como si aquello no le costara el menor esfuerzo, le enseñó la sortija de prometida.

—¿Por qué no me la da él mismo? —preguntó la señorita Leigh.

La evidencia de su error quedó subrayada con esta pregunta y Juan llamó a su hermano.

—Acabo de decirle a María que te faltaba valor para declararte...



Dominándose, tranquilamente, como si aque'lo no le costase el menor esfuerzo, le enseñó la sortija de prometida.

Daniel comprendió en seguida por un breve y rápido gesto de su hermano el secreto motivo de aquella intervención.

—Pero ahora—añadió Juan—tú serás quien le dé la sortija.

Y le entregó la que había adquirido el día anterior.

En silencio, Daniel estrechó su mano y aceptó la prenda de alianza que le ofrecían y que no tardó en lucir en el dedo anular de la joven.

Con un esfuerzo de su poderosa voluntad, Juan consiguió que las lágrimas que vertía su corazón oprimido se evaporasen antes de que se le asomaran a los ojos. Sonreía, a pesar de todo.

—Que seáis dichosos—dijo.

Y se fué, dejándolos solos.

Al atravesar el comedor se detuvo, metióse las manos en los bolsillos y sacó el recibo de la sortija.

—Esto además—murmuró.

Su fracaso amoroso le costaría, no ya sus ilusiones, sino también dos dólares semanales.

Y perdido en su pena, buscaba un asidero a su amargura pensando en que su hermano quizá supiera hacer feliz a la joven. En último extremo, esto le haría más llevadera su desventura sentimental.

Porque él era de esos hombres que una vez que aman a una mujer la aman para siempre, y ya nunca pueden volver a amar a otra; de esos hombres que, si no consiguen el triunfo de sus esperanzas, quedan condenados a arrastrar toda la vida el peso y la amargura de su cariño sin recompensa como una cadena maldita.

Mientras tanto, el gramófono desgranaba en la casa una lluvia de notas que concluyeron por sobresaltar a la señora Mc Tavish, cuyo puritanismo no podía consentir que un domingo fuera profanado de aquel modo.

Presentóse, pues, en el taller, y dijo a Daniel con acritud:

—¿Has olvidado que el tercer mandamiento

ordena santificar las fiestas? ¿Es ese el respeto que te merecen mis sentimientos y las tradiciones de nuestra casa?

—¡Si no hacemos nada malo!—exculpóse Daniel.

La indignación de la madre se exacerbó oyendo esta disculpa.

—¿Acaso me has visto a mí alguna vez o a tu hermano profanar la santidad del domingo?

Y la señora Mc Tavish, en el colmo de la indignación arrancó la placa del gramófono y la dobló hasta romperla.

La actitud de la anciana sorprendió a Mary. La joven no podía explicarse aquella extremosa defensa de unos principios que todos los días y a todas horas eran objeto de inconsciente escarnio por la mayoría de las gentes, y se le antojaba grotesca la austeridad exagerada de la sencilla señora.

—Es la primera vez que en mi casa un hijo mío se atreve a ofenderme a mí y a ofender a Dios de esta manera.

—No riña a Daniel—intervino Mary;—fui yo quien le pedí que tocara el gramófono.

—¡Mal hecho!—exclamó la señora Mc Tavish.

—Yo no sabía...

La muchacha titubeaba, llena de congoja por la brusca réplica de la buena mujer que una noche de lluvia la había acogido en su casa, teniéndola a su lado como una hija más.

Pero Juan, que oyó la última parte del diálogo, acudió en su ayuda.

—En ninguna parte se dice que no podamos divertirnos en domingo. Toda diversión es santa si es puro el pensamiento que la preside.

La señora Mc Tavish sintióse ofendida por la

desautorización que envolvían para ella las palabras de su hijo mayor. Miró a Juan con pena y dijo temblorosa de amargura:

—Si mis hijos prefieren divertirse en lugar de santificar las fiestas, será preferible que yo me vaya, para que mi presencia no sea un obstáculo a su regocijo.

—¡Madre, madre, no hay que sacar las cosas de quicio!—replicó Juan.—Todo es santo y bueno cuando se obra con pureza de intención.

La anciana dejó el taller; sus hijos y la señorita Leigh la siguieron. Parecían inquietos, como si temieran que fuera a acaecer alguna desventura.

Tenaz en sus propósitos, la madre se puso un abrigo, disponiéndose a dejar la casa en que hasta entonces había vivido. Hubo un momento de indecisión en sus hijos. ¿Dejarían que se fuese?

Mas antes de que ninguno de ellos interviniera, Mary se adelantó, dirigiéndose a la madre de su prometido:

—Esta es su casa, señora, y yo no tengo derecho a hacerla a usted desgraciada... Si alguien tiene que marcharse, seré yo quien se vaya.

La joven se encaminó a la puerta.

—¿Te parece que haces bien en despachar a esta pobre chica en nombre del Señor?

La señora Mc Tavish no contestó a la pregunta de Juan.

En el transcurso de algunos minutos no se oyó más que la respiración ahogada de los cuatro.

Ellos presentían que iba a suceder algo irremediable, algo que lo mismo podía ser fecundo en bienes que en males.

Y aunque no hablaban, sus pensamientos iban

de unos a otros por el hilo invisible de las afinidades afectivas, y se adivinaban, y se temían, como si esperasen que de pronto iba a nacer una nueva verdad que los empujaría de allí en adelante por caminos distintos.

Y era Juan el que más sufría. Su espíritu, con una agilidad extraordinaria, lograba ver en el tiempo y en el espacio, adelantándose al momento actual. Con ojos de adivino penetraba el secreto del porvenir y su alma se llenaba de pena.

Ella se iba a marchar. ¿Sola?

En el intervalo de unos segundos, él repasó todos los sucesos acaecidos en la última semana. Día por día fué reviviendo las horas en las que la ilusión le hizo creer en un mundo imaginario de ensueño. Y ahora...

Temeroso de que su angustia se reflejara en su rostro, procuró dominarse, y logró sonreír con su eterna sonrisa suave y comprensiva, sonrisa de hombre fuerte que lo comprende todo y lo disculpa todo.

Sin embargo, sufría como sólo saben sufrir los hombres que aman una sola vez y no consiguen que su amor triunfe y florezca en los labios de la mujer amada. Sufría como si su destino se hubiera roto...

Miró a Mary. Daniel le había cogido las manos, reteniéndola.

—Madre—dijo Juan,—ella se va.

La señora Mc Tavish guardó silencio.

—Madre, dí una palabra, una sola, diciéndole que se quede...

La señora Mc Tavish permaneció encerrada en su mutismo.

Los ojos de Juan se alzaron nublados de amargura, fijándose en las paredes de la habitación en las que se destacaban, encerrados en un marco negro, los Mandamientos de la Ley. Uno de ellos le atrajo más que los otros, y era el que decía: SANTIFICAR LAS FIESTAS.

Y entonces habló:

—La letra mata, madre; es el espíritu lo que vivifica. Y usted no se atiene más que a la letra de los preceptos.

—¿Qué quieres decir?—preguntó con espanto la anciana.

—Lo que he dicho y no otra cosa.

—¿Es que tú también me censuras?

Juan se dió cuenta de que sus palabras, aunque justas, no eran de las que se pueden pronunciar para corregir los errores de una madre, errores que no nacían de una voluntad torcida sino de un pensamiento recto, aunque equivocado.

Y dijo:

—No, yo nunca la censuraré... Usted es la que sabe distinguir entre el bien y el mal... Perdóneme si me excedí al hablar.

Luego, volviéndose a la joven, añadió:

—Adiós, señorita Leigh. Obre usted de acuerdo con su corazón, ahora y siempre.

Mary despidióse de la anciana:

—Señora, acepte usted mi reconocimiento por sus bondades, que no olvidaré... Me ha tratado usted como a una hija y mi gratitud me hará recordarlo mientras viva.

La muchacha estrechó la mano de Daniel.

—¡No, tú no te irás sola!—afirmó su prometido. Ella abrió sus ojos con un entusiasmo indefinible.

—Es que tú...

—Sí, yo me iré contigo ahora mismo... Antes de que llegue la noche nos habremos casado, y tendremos nuestra propia casa, y bailaremos cuanto nos plazca, a despecho de todo el mundo.

Daniel dijo esto con energía, pero en voz baja; y los dos prometidos, mirando de frente a la existencia que los esperaba, se olvidaron de todo lo que había a su alrededor para reír con la misma risa. El gozo de vivir obedeciendo sólo a los impulsos de sus deseos y sin hacer caso de las restricciones que imponen los grandes deberes, los exaltaba, dando a sus movimientos, a sus gestos y al timbre de su voz un matiz ardiente de entusiasmo pasional.

Juan los observaba y tenía miedo por ellos. Aquel fervor ajeno a toda inquietud que fuera contraria a los dictados de la pasión, dábale la sensación de que su hermano y la señorita Leigh eran dos inconscientes que, turbados por sus promesas, se iban a lanzar a algún oscuro atismo.

—¿Qué sucederá cuando *eso* se acabe?—pensó.

El veía claro. El fuego se consume pronto si se hace llama; su arrogancia le hace tender hacia lo alto, estilizando su cuerpo que se retuerce en una aspiración suprema; y es que la llama no advierte que cuanto más tiende al cielo, más presto se consumirán sus energías. Sólo la brasa humilde, el fuego que se oculta y no alardea es el que se mantiene sin consumirse.

Y esto era lo que veía Juan. Entre el amor de su hermano y el suyo había la misma diferencia que entre la loca exaltación de la llama y la cordura reposada de la brasa.

Daniel separóse de su novia y acercóse a su madre para anunciarle:

—Mary y yo vamos a casarnos y a vivir nuestra propia vida.

La señora Mc Tavish hizo un movimiento con la mano y señaló al cielo.

—¡Que Dios guíe vuestros pasos!—dijo.

—Pensamos prescindir de El.

La madre inclinó la cabeza, lastimada por la blasfemia. No obstante, considerando decisivos aquellos momentos, añadió:

—Aunque prescindáis de El, yo espero que no os falte su protección y que El no prescindirá de vosotros.

Mary tendió su mano a Juan.

—Eres muy bueno—le dijo.—Si algún día te casas, no te olvides de mí. Piensa siempre que a ti te lo debo todo y que yo lo recordaré siempre.

Juan se encogió de hombros, como para libertarlos del peso de aquella gratitud.

—No me debes nada... Procura ser dichosa.

Daniel vino hasta ellos.

—Adiós, hermano... Vamos a VIVIR y a faltar a todos los mandamientos. Será una tarea muy agradable, y de este modo tendremos el mundo a nuestros pies.

Volvióse a su novia, buscando su asentimiento:

—¿No es verdad, querida?

—Haremos lo que se pueda—contestó Mary siguiendo el buen humor de su prometido.

—Tú, Juanito—prosiguió Daniel,—sigue guardando el Decálogo y leyendo la Biblia con mamá todas las noches, y acabarás como empezaste: siendo un pobre carpintero.

El hermano supo reírse de lo que le decían.

—Es posible que no pase de carpintero—dijo.
—Pero ¿crees tú que deseo ser otra cosa?

—Te creo capaz de no tener ambiciones. ¡Eres un tipo admirable!—concluyó Daniel.

Los novios se cogieron del brazo y se dirigieron a la puerta, en la que él se detuvo para añadir:

—No hay más mandamientos respetables que los de la mujer casada y éstos, os lo aseguro, Mary se los aprenderá de memoria, porque yo me encargaré de enseñárselos.

Y riéndose como locos, empujados por su amor turbulento, salieron, dejando tras sí un lago de silencio.

Sin cesar de sonreír, Juan, mirando pensativo a su madre, trató de consolarla:

—Ella es una buena muchacha, y él, aunque un poco chiquillo, no es malo... Harán un matrimonio excelente.

—Mucho lo dudo—insinuó la señora Mc Tavish.

Juan también lo dudaba, pero no quiso confirmar los temores de su viejecita.

Sobre los dos cayó de nuevo una onda de silencio.
¡Sentía él una tristeza tan honda!

Dentro de su pecho llevaría siempre la herida de aquel amor, que no se cerraría nunca.

Sólo su hermano sabía que él quería a Mary, a la muchacha que dentro de algunas horas sería su mujer.

Y miró delante de sí sin ver otra cosa que una larga senda por la que marcharía mientras viviese, sin apartarse de ella un punto, pues para abandonarla sería preciso que saltase por encima de las vallas que la flanqueaban y que habían sido hechas por las manos de Dios.

—Sin duda—dijo de pronto—Daniel está en lo

cierto: yo no sirvo nada más que para carpintero.

La madre le miró cariñosamente.

—Ha habido muchos grandes hombres que han sido carpinteros, Juan.

—No seré yo de esos.

—¡Quién sabe!...

Callaron. Y en todo lo que duró el resto de aquel día, la madre y el hijo no volvieron a hablar.

Ella pensaba en Daniel como en la oveja descarriada de la enseñanza evangélica. ¿Tornaría alguna vez al redil?

Y Juan pensaba en Mary y en aquel matrimonio de la joven con su hermano, signo interrogante suspendido sobre la cabeza de la señorita Leigh y cuya respuesta temía conocer.

III

Demos ahora un salto en el tiempo.

Han pasado tres años.

Daniel es el contratista más joven y afortunado de la ciudad. Vive en una casa espléndida, rodeado de toda clase de comodidades, tendido en las blanderas del lujo y de la riqueza.

Con gran audacia, navegando siempre con viento favorable, sabiendo mantenerse entre dos aguas y aprovechando en toda ocasión la corriente mejor, había sabido elevarse de su modesta condición hasta las alturas de las grandes empresas.

Activo, confiado en sí mismo, cínico cuando le convenía y en todo momento oportuno, sin miedo a los obstáculos, había sabido aprovechar lo malo y lo bueno para crearse una situación de favorito de la fortuna.

Las mejores contratas eran para él. Pero cada edificio que levantaba costábale un trozo de su alma, que se iba desgarrando y haciendo jirones a lo largo de su camino hacia la fortuna.

Por el contrario, su hermano, fiel a sus ideas, seguía siendo un modesto carpintero.

En cuanto a Mary, ella misma no se hubiera atrevido a confesarse que no era dichosa, que su matrimonio no le había traído el aguinaldo de la felicidad.

No es que tuviera motivos serios que la llevaran a reprobar la conducta de su marido. Ella ignoraba sus manejos como negociante. Sin embargo...

Verdad que su dicha en los primeros tiempos del matrimonio fué algo admirable. Era en la época de lucha, en que Daniel tenía que abrirse paso tropezando con numerosas dificultades; y a pesar de esto, entonces se querían como ya no se querían nunca.

¿Qué había sucedido?

Nada.

Nunca sucede nada en estos casos. Pero la llama en su afán de subir comenzó a apagarse, y de pronto los que vivían de su calor sintieron frío.

De cuando en cuando aun fulguraba y se encendía calentando las almas. Mas no era lo de otros tiempos, lo de los primeros días.

De todos modos, se llevaban bien y parecían un matrimonio feliz.

Ciertamente ella notaba que algo faltaba en su vida que le hacía sentir una nostalgia, penosa a veces. Esto aparte, como no adivinaba las razones de la tristeza que la dominaba en algunas horas, se creía relativamente dichosa y conservaba intacta la fe en su marido.

Después de abandonar la casa de la señora Mc Tavish lanzando un reto contra el Decálogo reto un poco pueril, como alarde de niños, Daniel apresuróse a darle a conocer los diez Mandamientos (que había inventado para su uso y a los que aludiera en aquel domingo que fué decisivo para sus destinos).

En la mañana siguiente al día de sus bodas, se los dió a leer.

Decían así:

Los mandamientos de la mujer casada son, como los de la Ley de Dios, diez, a saber:

El primero, amar a su marido sobre todas las cosas.

El segundo, no jurarle amor en vano.

El tercero hacerle fiestas.

El cuarto, quererle más que a padre y madre (este mandamiento no va contigo, Mary, porque eres huérfana).

El quinto, no atormentarle con celos ni refunfuños.

El sexto, no traicionarlo.

El séptimo, no gastarle el dinero en perifollos (cuando seamos ricos, querida Mary, modificaremos este mandamiento).

El octavo, no fingir ataques de nervios ni hacer mimos a los amigos del marido.

El noveno, no desear más prójimo que el que le tocó en suerte.

El décimo, no codiciar el lujo ajeno.

Estos diez mandamientos se encierran en la cajita de los polvos de arroz, y se leen cada día hasta aprenderlos de memoria.

Para Mary el cumplimiento de los preceptos de este nuevo decálogo no ofreció la menor dificultad, pues amaba a su marido.

Pero todo esto no había sido más que una broma del primer año de matrimonio.

Precisamente, en cuanto ella se supo los mandamientos, Daniel perdió el interés que al principio tuviera en enseñárselos.

Por supuesto, casi siempre sucede lo mismo en la mayoría de los matrimonios.

Únicamente los hombres como Juan logran que el segundo año se parezca bastante al primero, el tercero al segundo y así sucesivamente.

Cierto que Daniel andaba muy atareado. El público le dispensaba cada día más confianza y su fortuna comenzaba a afirmarse sobre bases sólidas, más sólidas que las de sus edificios.

La última contrata que había aceptado, bien trabajada, podía dejarle un margen de unos cuantos millones. Para ello contaba con la colaboración del inspector oficial, uno de esos hombres de la administración pública corrompidos hasta la médula y capaces de todo por dinero.

Todas las mañanas se entrevistaban en el despacho de Daniel, planeando el negocio que traían entre manos.

La cosa era sencilla. Hay un aforismo popular que podía aplicarse a estos dos granujas y que se expresa de la manera siguiente: «dar gato por liebre.»

Pero oigámoslos hablar y ellos nos descubrirán sus propósitos con un completo descaro.

Las obras de la nueva contrata habían tenido comienzo unos cuatro meses antes.

Adelantados ya los trabajos, cierto día Daniel dijo a su colaborador:

—Esta vez vamos a probar una mezcla un poco más flaca. ¿Qué le parece si empleáramos una parte de cemento por doce de arena y piedra?

—¡Hum!—refunfuñó el inspector.—Es un poco peligroso.

Daniel le dio unas cuantas palmadas en los hombros.

—Con un encargado que haga la vista gorda como usted, no hay cuidado.

El inspector adoptó un tono de seria preocupación.

—Escucha, muchacho: cada día las hacemos más grandes y peores, y en una de ellas nos van a coger.

—¿Quién?

—¡Pch! ¡Cualquiera!... Ahora estamos edificando esa iglesia sin cimientos, y créeme, nos exponemos a que suceda una catástrofe.

Con un atrevimiento inaudito, Daniel, en su codicia, al comenzar los trabajos para levantar la iglesia objeto de la última contrata, había dispuesto hacer una suprema tentativa para enriquecerse a costa de los que tenían depositada en él su confianza. Hombre hábil, con fe ciega en sus aptitudes, su pretensión era la de faltar a las cláusulas principales de su compromiso utilizando malos materiales en vez de los buenos que se obligara a usar; y así substituía el cemento por arena, lo que aumentaba sus ganancias en un trescientos por ciento.

A esto él le llamaba vivir teniendo el mundo a sus pies. Pero no se daba cuenta de que el mundo no se deja domar fácilmente y que ocurre que, cuando menos se lo espera, destroza al que trata de oprimirlo con sus pies.

De aquí que no le inmutaran los recelos del inspector.

—¿Quién habla de catástrofes?—dijo.—Concluída la obra estoy convencido de que, a pesar de la

mala calidad de los materiales. durará unos cuantos años diez o quince. Y transcurrido ese tiempo, si se derrumba lo achacaremos a todo menos a lo que realmente es. Además, puede surgir un terremoto providencial; este es país en el que se dan con frecuencia... Fume un cigarro—concluyó abriendo una caja de cristal y esmalte.

—Nada, se hará lo que digas.... Contigo uno se atreve a todo—dijo con firmeza el encargado.

Era este, de nombre Redding, un hombre de cuarenta años, de estatura mediana, grueso, carirrelleno y un poco zambo. Su aspecto era el de un bodegonero. Llevaba siempre un sombrero hongo algo inclinado sobre la oreja, y al hablar se contoneaba achulapadamente.

Aceptó el cigarro que le ofrecía Daniel, lo mordió, escupió la punta y, echándose sobre la mesa del despacho, dijo:

—¿A qué cantidad supones que asciende el margen que dejará el cemento?

—No he hecho el cálculo, pero debe pasar de los ciento cincuenta mil dólares.

Se callaron, oyendo pasos.

Entró Mary.

—Acaba de llamar tu hermano—dijo.

—Pues sal a recibirlo.

En la puerta del despacho, la mujer de Daniel y Juan se encontraron.

—Hola, Juan.

Ella seguía ignorando el secreto amor que le consagraba su cuñado. Daniel no había creído conveniente decirle que la sortija de sus esponsales la había adquirido Juan con un fin muy distinto al que podía suponerse.

—¿Cuándo te casas?—le preguntó Mary.

—¡Oh! No tengo prisas.

—Pues yo lamento que, al cabo de tres años de mi matrimonio, sigas todavía soltero.

—¿Y a ti qué más te da?

—Hombre, me preocupa tu suerte y deseo que la mujer que elijas sea digna de tu cariño.

Juan acentuó su sonrisa, tras de la que se ocultaba su secreto y repuso:

—Te aconsejo que no te preocupes. Siempre hay tiempo de hacer esa tontería, a la que yo, por otra parte, no me siento muy inclinado.

Las voces de los dos llegaron hasta el despacho. Daniel tuvo entonces una idea que le pareció genial.

—No se vaya usted—le dijo al inspector, que se despedía.

—Temo que si su hermano me encuentra aquí, entre en sospechas.

—Se irá usted antes de que entre... Es de él de quien quiero hablarle. Se me ha ocurrido ahora mismo algo que le voy a explicar.

Redding mostró una sorpresa que se hizo evidente en la expresión de su rostro.

—¿De qué se trata?—preguntó.

—Muy sencillo: haré a mi hermano jefe de carpinteros de la iglesia. El, como la esposa del César, está por encima de toda sospecha. Es lo que se dice un hombre honrado, cabal de arriba abajo.

—¡Magnífico!—exclamó el inspector alzando los brazos.—Bueno, me voy; confío en que podrás vencerlo.

Repantigado en el sillón de su mesa de trabajo, el cuerpo echado atrás, viva la mirada y con la sonrisa del triunfo, Daniel recitó a su hermano.

Juan traía bajo el brazo un cuadro, que desenvolvió diciendo:

—Te traigo un retrato de mamá para que lo coloques en tu nuevo piso.

—Veamos esa obra de arte.

Libre de su envoltorio de papeles, apareció el retrato de cuerpo entero de la señora Mc Tavish, sentada en una silla y con la Biblia en las manos.

Daniel y su mujer sonrieron maliciosamente.

—Está bien; déjalo ahí.

—¿Dónde vas a colgarlo?—preguntó Juan.

Las miradas del matrimonio, por mucho que buscaron, no encontraban sitio adecuado para el cuadro. Se adivinaba su perplejidad, como si juzgasen que la fotografía de la buena madre fuera a desentonar con la ostentosa elegancia de su nuevo piso. Además, encontraban un poco ridículo aquel afán de la viejecita por la Biblia, que la llevaba a retratarse incluso con ella en las manos mostrando el título para que todos pudieran leerlo.

La identidad de los pensamientos del marido y la mujer era tal, que los dos pensaron, sin decírselo, lo mismo.

—Dale el cuadro a Mary; ella se encargará de colocarlo donde esté más visible—dijo Daniel.

Demasiado ingenuo en sus afectos, Juan no comprendió la ironía en que iban envueltas aquellas palabras; y el retrato de la señora Mc Tavish fue arrinconado como un trasto inútil.

Los dos hermanos se quedaron solos. Cerca de la mesa del despacho, sobre una columna, el proyecto de la iglesia cuya construcción le había sido encargada a Daniel, erguía sus torres primorosamente trabajadas en madera. El proyecto era una minúscula reducción de lo que el templo debía de ser.

El contratista lo cogió y mostrárselo a su hermano.

—¿Te gusta?

—Mamá se alegró mucho al enterarse de que tú tenías el contrato para hacerla—contestó Juan.

—¡Es un templo soberbio!

El hermano mayor movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y tú qué?—preguntó Daniel.

—¿Yo?... Como siempre.

—Mira, Juan, he pensado hacerte jefe de carpinteros de la iglesia. Deseo que mejores de posición y te ofrezco esta oportunidad.

Juan que, desde que había entrado en el despacho, no tenía más deseo que el de revelar a su hermano sus temores acerca de sus aventuras como contratista, aprovechó la ocasión:

—No acepto tu ofrecimiento, aunque te lo agradezco...

Unos pasos de mujer se deslizaron por el corredor que se elevaba a uno de los lados del despacho comunicando con las habitaciones del matrimonio, y la figura de Mary, detenida por la repulsa de su cuñado, se paró para oír, sobresaltada súbitamente en su tranquilidad de mujer casada que siente como de pronto una amenaza se tiende sobre su vida.

—¿Por qué no aceptas?—inquirió Daniel.

Su hermano titubeó antes de descubrir sus inquietudes.

—¿Por qué no aceptas?—insistió Daniel.

—Porque corren acerca de ti ciertos rumores que no te honran.

—¡Calumnias! ¡Envidias!

—Se dice—añadió Juan—que has entrado yute de contrabando.

En la mesa del despacho había un aro del que colgaban, precisamente, una docena de borlas de

yute, muestras enviadas a Daniel antes de hacer la adquisición de la mercancía de la que le hablaba Juan.

Daniel cogió el aro y se lo puso a su hermano sobre la cabeza, como si fuera la aureola de un santo.



— Hay dos maneras de utilizar esto.

—¡San Juanito, patrón de los aduaneros!— exclamó.

El hijo mayor de la señora Mc Tavish cogió a su vez el aro, lo dobló retorciéndolo hasta darle la forma de un ocho y, poniéndoselo a su hermano en las muñecas como unas esposas, replicó:

—Hay dos maneras de utilizar esto.

Aunque en broma, aquella alusión a los peligros

a que se exponía con sus negocios, borró la alegría del rostro del contratista.

—Bueno—dijo,—dejemos lo del yute; ya te vencerás más adelante de que esos rumores carecen de fundamento... y en último término, no creo que sea muy grave pasar unas cuantas balas de yute sin pagar derechos. De lo que se trata ahora es de que aceptes el puesto que te ofrezco.

—No, Daniel, no; yo no quiero mezclarme en tus asuntos... No veo claro en ellos.

—¿Tan corto de vista eres?

—¡Ojalá fuera así!

La resistencia de Juan comenzó a fatigar al desaprensivo contratista.

—No lo hago sólo por ti—añadió Daniel, pensando en vencer la oposición del carpintero con una nueva habilidad,—sino también por nuestra madre, pues con el sueldo que te pagaré podrás comprarle todo aquello que no quiere aceptar de mí; y yo te lo agradeceré como si me hicieras un favor.

Juan dudó aún. Su hermano le había puesto delante el contrato para que lo firmase. ¿Qué debía hacer? La idea de que si aceptaba quizá pudiera impedir que Daniel cometiera algún disparate en el cumplimiento de la contrata, puso la pluma en sus manos; y firme el pulso, escribió su nombre al pie del documento como jefe de carpinteros de la nueva obra.

Pero su hermano no le perdonó su primera resistencia y con acritud burlona quiso vengarse diciéndole:

—Tú eres muy fiel a tus diez mandamientos; no olvides, por lo tanto, que hay uno que se refiere a la mujer del prójimo.

En lo alto del pasillo, sin que nadie la viera,

Mary se inclinó sobre la baranda que daba al despacho, y oyó la amarga respuesta de Juan, el cual, después de un primer impulso de protesta violenta, contestó:

—Tienes razón; amo a tu mujer, pero no olvidaré nunca que es tu esposa.

—Así lo espero.

—Y yo espero que tú tampoco lo olvidarás... Recuerda que la sortija que lleva en sus dedos desde el día en que os prometisteis, yo la había adquirido pensando en casarme con ella sin saber que te quería a ti; y recuerda, sobre todo, que supe hacer el sacrificio de ofrecérsela yo mismo en tu nombre al enterarme de la verdad... No, Daniel; no tienes derecho a ofenderme con tus dudas.

Había un poco de cólera contenida en las palabras de Juan; pero lo que más se advertía era la pena que sollozaba en su queja de hombre que ha renunciado a toda esperanza de amor, porque una inesperada fatalidad se interpusiera en los caminos de su corazón.

—Basta—dijo Daniel.—No hablemos más; tengo absoluta confianza en ti... Y por cierto, no esperaba que te explicases tan bien—añadió, volviendo al tono zumbón del que se siente por encima de los demás y un poco aparte de las conveniencias.

La ofensa hecha a Juan hizo otra víctima, y esta víctima fué Mary que tan impensadamente descubría la naturaleza de los sentimientos de su cuñado y la magnífica generosidad de su alma.

La pobre muchacha sintióse removida brutalmente por aquel descubrimiento. Ahora comprendía muchas cosas. Y en medio de la confusión de sus ideas, vió erguirse al hijo mayor de la señora Mc Tavish como un ser de excepción, al que desde

entonces tendría que considerar como un hombre distinto de su marido, superior a él y a quien ella debería gratitud por aquel cariño tan noblemente desinteresado.

¡Cuán distintas las conductas de Daniel y de Juan! ¡Cuán diferente el sentido de la vida del uno y del otro!...

La fe de Mary en Daniel vaciló. Algo se rompía dentro de ella misma, algo se derrumbaba para no levantarse jamás...

Tuvo miedo de oír nuevas palabras y de que ellas arrojasen nuevas sombras en su espíritu turbado, y empujó la puerta del pasillo, entrando en sus habitaciones para ocultarse y defenderse en la soledad contra sí misma, para resistir la repugnancia que le causaba su esposo y luchar contra la admiración que le empujaba hacia su cuñado.

*
* *

Los rumores del público no iban descaminados al sugerir que Daniel, entre sus muchos negocios, tenía el del contrabando.

Era verdad que había logrado burlar la aduana importando una respetable cantidad de yute.

Pero los que cometen fraudes, si de una manera no pagan derechos, los pagan de otra, y en estos casos sus cuentas se saldan con perjuicio para ellos.

En su largo viaje desde Calcuta, las balas de yute pasaron por la isla de leprosos de Molokai, en cuyas aguas el barco que las transportaba hubo de detenerse algunas horas.

La consecuencia de esta detención en la travesía fué que una mujer contaminada y de maravillosa hermosura, supo burlar la vigilancia de los guardianes de la isla y de los marineros, ocultándose

dentro de uno de los gruesos paquetes del cargamento.

La mercancía, desembarcada de tarde, quedó en el puerto; y era ya de noche cuando la fugitiva de la isla de los leprosos rasgó con un puñal la tela de la bala de yute, y se deslizó fuera sin ser vista del vigilante, entrando en la ciudad, donde su presencia pasó inadvertida.

Sus pasos se confundieron con los pasos de la multitud, y ella volvió a ser una mujer entre las mujeres, pero más hermosa que la mayoría, más inteligente para el mal y toda llena de un encanto sugestivo y malsano.

Cubierta con un velo, vestida de negro, salió del puerto. Nadie la conocía. Su condición de mujer era su mejor defensa.

Y era el destino, un destino inclementemente justiciero, el que la guiaba, trayéndola a una ciudad en que un hombre se empeñaba en destrozar con sus propias manos lo más rico que había en su alma por un loco deseo de vencer al mundo y a las fuerzas divinas que lo rigen, imponiéndose a la vida con la brutalidad de un feroz egoísmo.

IV

Ocho meses después, la hermosa iglesia que Daniel había edificado con cemento podrido se elevaba hacia el cielo y contra el cielo, como desafiando a Dios.

En el pequeño despacho del contratista, el hijo menor de la señora Mc Tavish recogía el fruto de sus malas artes acumulando las ganancias en fantásticas proporciones.

El templo, con su aspecto de edificio nuevo, producía una agradable impresión. Nadie le oía temblar aún en sus cimientos hechos con una mala pasta de piedra; sin embargo, aquellas paredes que se erguían perpendicularmente tenían los fundamentos de barro, y acaso un día se viniesen abajo descubriendo sus entrañas de arena entre el estruendo de la caída y una nube de polvo.

Confiado en su habilidad, Daniel se hallaba tranquilo, dando órdenes desde su despacho a las brigadas de obreros para que adelantasen la obra.

El encargado de inspeccionar los trabajos no le abandonaba, pues tenía tanta prisa como él de que se concluyeran pronto para percibir el fruto de aquel sucio negocio. Daniel y él se entendían perfectamente; en todo estaban de acuerdo.

—Esto marcha—dijo el contratista a su colaborador enseñándole la última nota que había entregado el capataz de las torres explicando el estado de las obras.—Dentro de siete o nueve meses, la iglesia quedará concluida.

—Si es que antes no se viene abajo.

—No sea usted mal agüero.

Llamaron a la puerta del despacho, y un empleado anunció:

—La señorita Sally Lung pregunta por el señor.

—Dígale que pase—ordenó Daniel.

El inspector, enterado de las combinaciones amorosas del contratista, pues Sally era amante de Daniel desde hacía cinco meses, le previno:

—Cuidado, hijo mío. Esa mujer es medio francesa y medio china, y la mezcla de la perfumería francesa con el incienso oriental es más peligrosa que una bomba de dinamita... Adiós, te dejó con ella. No dirás que te estorbo.

—Usted siempre tan discreto—convino Daniel.
Marchóse Redding y el contratista levantóse a recibir a su amiga.

—¡Cuánto te agradezco que vengas a buscarme!



Sally Lung.

NITA NALDI

Sally Lung era una mujer de una belleza tan extraordinaria como enigmática era la mirada de sus ojos un poco oblicuos y la sonrisa fría de su boca roja y menuda de una extrema corrección, como si la hubieran dibujado.

Era alta y esbelta. La piel de su rostro tenía un suave tono de marfil y su busto se mostraba lleno como un fruto pomposo. Al moverse, su talle se inclinaba cadenciosamente como una caña de bambú, y una emanación lasciva desprendíase de su cuerpo.

Con una voz mate, de vibraciones finamente metálicas en las sílabas agudas, ella habló:

—En casa de Sally Lung está preparado hoy el almuerzo con la bebida china «Ny-gar-pay» destilada de mil flores de loto.

—¡Qué amable!—afirmó Daniel admirando a su amante y aspirando el perfume de su piel macerado con esencias exóticas extraídas de esas plantas monstruosamente bellas que sólo saben cultivarse en los jardines de Oriente.

—¿Entonces me acompañarás? Hoy quiero hacerle a mi señor el regalo de mis besos más dulces. Sally Lung conoce los secretos de la ciencia del amor, que las mujeres de América ignoran, y ella quiere descubrirselos a su amigo.

Daniel no se acordó de que había encargado a su mujer que aquel día le llevase el almuerzo.

Y Marv sintióse rondada por la traición al dirigirse al despacho del contratista y dar a un empleado la orden siguiente:

—Dígale a mi marido que le traigo el almuerzo.

Porque el empleado, al verla, le cerró el paso contestándole:

—Lo siento, señora, pero el señor Mc Tavish acaba de salir para almorzar con unos banqueros.

Ella fué lo suficientemente perspicaz para notar la confusión del empleado al darle aquella respuesta amañada de improvisó. Sin embargo, se hizo la desentendida.

Salió dudando. Miró al suelo y se inclinó rápidamente, recogiendo un guante de mujer.

Ahora ya no dudaba.

Guardó el guante en su bolsillo y abandonó la iglesia.

Miró entonces a lo alto, y allá, sobre una de las cornisas del templo, distinguió a Juan.

Hizo bocina con las manos para decirle:

—Vov a subir.

El, inclinándose fuera del muro de la cornisa, trató de oponerse:

—Son diecisiete pisos, y hace mucho viento.

—No importa; subiré en el montacargas.

Y Mary, deseando acercarse a aquel hombre bueno que la amaba en silencio, ascendió hasta él.

—No sabes lo que me has hecho sufrir—le dijo Juan, dándole la mano para que saltase del montacargas.

—Merecía que me recibieras de otro modo—repuso ella alegremente, — pues te traigo un buen almuerzo.

Detrás de la expresión sonriente de su rostro, Mary ocultaba la última decepción que acababa de recibir.

Hacía ya tiempo que dudaba de su marido, pero sus sospechas nunca se habían confirmado como ahora.

Acercóse al parapeto de piedra que rodeaba la especie de plataforma hasta la que había subido y fijó los ojos en la calle.

Juan miró también y se turbó.

Un auto esperaba cerca de la puerta de salida de las obras y a aquel auto Mary y su cuñado vieron subir a Daniel del brazo de su amante.

Ella apartó sus ojos de la calle, y volviéndose a su cuñado dijo con amargura:

—Aun le falta quebrantar otro mandamiento... No creo que haya matado a nadie todavía.



— Tal vez hubiera sido mejor que me hubieras dejado caer.

Luego, inconscientemente, dió unos pasos y se aproximó al lado de la plataforma que no estaba defendida por muro alguno para dar acceso al montacargas. De pronto el piso vaciló bajo sus

pies, desmoronóse un trozo del pavimento y Mary cayó en el vacío.

Un largo grito de Juan aleteó sobre el cuerpo de la mujer, que se precipitaba hacia la muerte.

Pero ella no perdió la serenidad, y sus manos tuvieron fuerza para cogerse a una de las vigas de la armazón del edificio.

—Espérame, Mary... Mantente hasta que yo llegue.

Juan descendió por entre el armadijo de madera, llegó hasta la joven, la enlazó por la cintura y ascendió con ella en brazos.

Cuando al fin alcanzaron la plataforma, Juan no podía hablar.

—Tal vez habría sido mejor que me hubieras dejado caer—murmuró ella.

Su cuñado acababa de arrancar un trozo de la pared que cediera al peso de Mary y lo rompía con sus dedos, descubriendo el robo y el crimen de su hermano.

—¡Arena, todo arena!—exclamó con espanto.

—Es necesario que te marches de aquí en seguida, Mary. De un momento a otro puede derrumbarse todo.

El encargado apareció en aquel instante.

Juan le interpeló:

—Redding, si todo el cemento empleado es como este, las obras deben suspenderse en el acto.

Redding tuvo un gesto desenfadado.

—Eso cuénteselo al señor Mc Tavish.

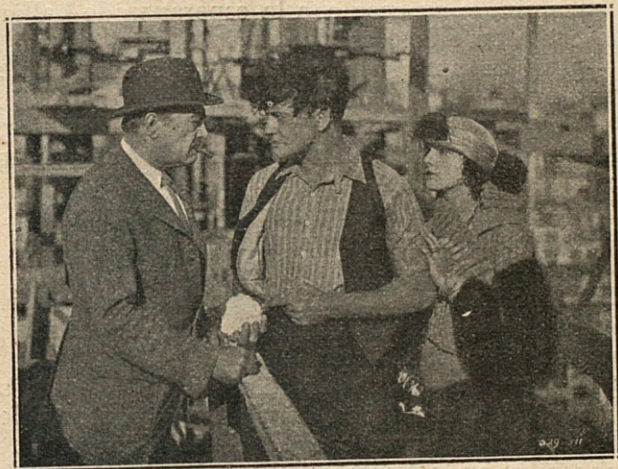
—¿No es usted el inspector de las obras?

—Yo no puedo estar en todo.

Pero la actitud de Juan era lo suficientemente

enérgica para inmutarle, y en cuanto el hermano de Daniel se fué dispuesto a continuar sus indagaciones y a hacer que se parasen los trabajos si así lo juzgaba necesario, el inspector dijo a Mary:

—Señora, alguien le ha calentado los cascos a su cuñado, y si usted sabe donde está su marido



—Redding, si todo el cemento empleado es como este, las obras deben suspenderse en el acto.

convendría que le avisara, sino Juan será capaz de comprometerlos a todos.

Un poco asustada, Mary se encaminó al despacho de Daniel. Después de todo, ella llevaba su nombre y, aunque ya no le amase, no podía olvidar el recuerdo del primer año de su matrimonio.

Mientras tanto Redding salió en busca de Juan,

al que encontró en el andamiaje de la nave central.

—Joven, el silencio es una cosa que se paga muy bien —le dijo ofreciéndole un fajo de billetes.

Juan miró al inspector como si no le hubiera oído bien, pero al ver los billetes su puño cayó como una maza sobre el rostro del encargado.

No encontrando a su marido en el despacho, Mary se encaminó a su casa con la esperanza de hallarlo allí, como en efecto así fué.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él observando su agitación.

—Vengo a buscarte por encargo de Redding... Se trata de algo referente al cemento que has empleado en la iglesia.

No quiso ser más explícita; pero lo que dijo le bastó para decidir a su marido a que acudiera a la obra.

Una nerviosidad indomable se apoderó de Daniel. Siempre seguro de sí mismo, el aviso de su mujer le produjo una terrible excitación.

¿Es que el rayo de Dios, suspendido sobre su cabeza, iba a caer para derribarlo y confundirlo?

El rayo no siempre cae del cielo. Algunas veces se engendra en la tierra, y las ruedas de un camión sobre el pavimento de una calle adquieren el mismo significado destructor.

La falta de cimientos con que había sido construido el templo daba a sus paredes una debilidad que tenía que manifestarse en cuanto un agente contrario tanteara su firmeza. Y aquí el agente fué un camión.

Su paso cerca de la iglesia, al hacer trepidar la calle conmovió el templo, cuyas paredes se cuartearon. Y la herida abierta en aquella mole que se erguía orgullosamente, tomó, por manera simbó-

lica, la forma zigzagueante del rayo. Todavía no era más que una grieta, pero esta grieta podía ser el principio de un desastroso fin.

Dispuesto a averiguar lo que hubiera de cierto en sus sospechas, Juan buscó al capataz que dirigía la preparación del cemento, un tal Mc Guire, que participaba también de los beneficios del robo con el contratista y el inspector.

—Dígame usted la verdad —le ordenó imperiosamente. —¿Cómo hacen ustedes la mezcla?

Estridían sus palabras. La ira y la indignación por el horror descubierto, tenían al hijo de la señora Mc Tavish fuera de sí, exasperado.

El capataz se resistió a contestarle. Juan lo abofeteó.

Este argumento acobardó a Mc Guire, que concluyó por confesar:

—Empleamos uno por doce, aproximadamente. Y ayer me mandaron que rebajara el cemento y aumentase la arena.

El carpintero se aterró al oír aquello.

—Diga a Kelly que bajen todos los hombres de los andamios y que impida la entrada a las obras.

Apenas suspendidos los trabajos, llegó la señora Mc Tavish.

—No se puede entrar —le dijo Kelly. —Tengo orden de no dejar pasar a nadie.

—Estoy segura que la prohibición no reza conmigo —observó la viejecita. —Soy la madre de Daniel.

Como el obrero ignoraba las razones de la orden que le dieron, no tuvo inconveniente en faltar a la consigna, y la señora Mc Tavish entró en la iglesia.

¿Quién había puesto en su pensamiento la idea de visitar el templo aquel día?

«No se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad del Señor.» Así reza la divina verdad.

Y por esto la madre de Daniel acudía al templo.

Ella, con su humano pensamiento, había sentido el deseo de conocer la casa destinada a la oración que el hijo incrédulo estaba encargado de erigir, y sin darse cuenta de que una voluntad superior encaminaba sus pasos dirigióse a la iglesia y entró bajo sus bóvedas frescas aún.

Sus ojos miraron con una alegría infantil el recinto solemne al que esperaba venir a orar dentro de poco, y sintió un recogimiento que embargaba su ánimo pensando que acaso Daniel se purificaría de sus errores construyendo esta religiosa morada.

Alzó los ojos y juntó las manos. Sobre una de las paredes, las tablas de la ley aparecían blancas todavía, pero con su forma eterna.

Los labios de la señora Mc Tavish se movieron como si rezasen.

De pronto se echó atrás y miró espantada el profundo arañazo que acababa de rasgar la pared.

En aquel momento Juan entraba en el despacho, al que acababan de llegar su hermano y Mary.

—No es posible continuar así, Daniel —dijo.— Estás robando a mansalva y te va a suceder algo cuyo solo pensamiento debía asustarte.

Daniel miró a su hermano rencorosamente. Estaba pálido y sus labios temblaban ligeramente.

—Es imposible hacer dinero sin rebajar alguna de las partidas—explicó el contratista a su mujer.— Y no creas que a mi hermano le preocupe la mezcla que hacemos; lo que pretende es arruinarme para conquistarte.

La infamia de aquella injuria agotó la serenidad de Juan, que se abalanzó contra Daniel.

—¿Qué has dicho?

Sintió fija en sí la mirada de Mary y se contuvo. Luego con una mueca de dolor en su boca que nunca dejaba de sonreír, añadió:

—Es menester arreglar este asunto; las cosas no pueden seguir como hasta hoy.



... cuando la señora Mc Tavish abría los brazos y los alzaba sobre su cabeza, aterrada al ver que el arañazo de la pared se hacía grieta, ...

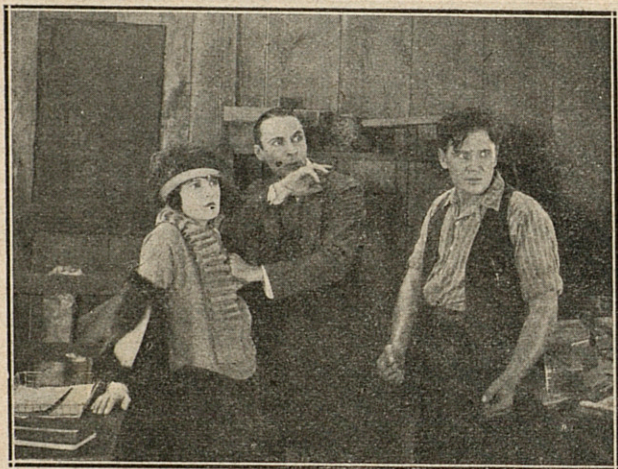
Daniel tuvo un ademán que subrayó la expresión despectiva de su rostro.

Y era entonces cuando su madre buscaba una salida sin encontrarla, queriendo huir de aquel lugar sobre el que había caído la cólera de la destrucción, la violencia que se dice ciega y que responde siempre a un mandato invisible.

—Hace tiempo, Juan—replicó el contratista,—

que te dije que faltaría a todos los mandamientos. Gracias a esto, ya ves lo que he conseguido: prosperidad, lo único que en definitiva vale algo.

Y era en aquel instante cuando la señora Mc Tavish abría los brazos y los alzaba sobre su cabeza, aterrada al ver que el arañazo de la pared se hacía



... Y hubo un instante en que los corazones suspendieron sus latidos.

grieta y que la grieta se ensanchaba cada vez más, y que la bóveda crujió, rompiéndose, amenazando aplastarla...

Y en el despacho, Daniel, Juan y Mary callaron de pronto, y el contratista miró alocadamente delante de sí. Y hubo un instante en que los corazones suspendieron sus latidos:

Porque un ruido horrible acababa de oírse.

—¡Se ha hundido el muro del Sur y dicen que ha sepultado una anciana!—anunció un obrero.

Todos corrieron hacia el lugar del siniestro. Una brigada había empezado a levantar los escombros, y los dos hermanos descubrieron bajo la avalancha del muro roto a su madre, con el pecho hundido, sangrante la cabeza y muriéndose.



— Es tuyo, Daniel, de cuando eras niño... Tómalo y guárdalo.

—No hay nada que hacer; cuestión de minutos— afirmó un médico después de reconocer a la herida.

Juan se abrazó a la anciana con la garganta llena de sollozos.

—Déjame, Juan, buen hijo—balbució la pobre mujer.—Quiero hablar a solas con Daniel.

El joven se arrojó a los pies de la viejecita.

—¡No te mueras, madre! ¡No te mueras, o dirán que yo soy tu asesino! Las paredes que te han sepultado han sido hechas con mal cemento.

La señora Mc Tavish le impuso silencio.

—Quítame este dije—le pidió.—Dámelo.

Con sus dedos torpes, lo abrió y extrajo un mechón de cabellos rubios.

—Es tuyo, Daniel, de cuando eras niño... Tómallo y guárdalo.

Le faltaban las fuerzas. La muerte tendía sobre ella sus negras alas, envolviéndola en su manto de sombras. Pero haciendo un esfuerzo abrió los ojos aún para mirar a su hijo por última vez y rumoreó con un balbuceo pueril:

—Yo tengo la culpa de todo. Te enseñé a temer a Dios y no a amarle, y el AMOR es lo único que salva.

Y la viejecita, dicha esta verdad encontrada a la hora de la muerte, se durmió en el seno de la Nada.

V

Por fin Daniel se dió cuenta de que, para vivir bien, hay que ser honrado con los demás y consigo mismo.

Un poco tarde era ya, sin embargo. En su afán de dominar al mundo había concitado contra sí tantos enemigos, que, a dondequiera que mirara, percibía un peligro.

Primero, fué la muerte de su madre que le desconcertó con su profundo y trágico sentido; y luego las calamidades se sucedieron sin intervalos casi.

Ya no parecía el mismo. Había enflaquecido y sus pómulos se pronunciaban, mientras los ojos

encendidos de fiebre se le hundían en las órbitas descarnadas.

Redding le presentó un folleto en que se le atacaba. Daniel leyó:

«*El Reflector*

Nosotros aclaramos muchos puntos oscuros...»

—Esto va por nosotros—le dijo el encargado—y para hacerlos callar se necesitan veinticinco mil dólares.

—¡No los tengo!—exclamó desesperadamente el contratista.—El desastre que costó la vida a mi madre me ha costado mi crédito, y como usted sabe yo vivía con tales gastos que no ahorra un cuarto.

Levantóse y comenzó a pasearse agitadamente. Sentía que todo vacilaba a su alrededor, que sus pies no pisaban terreno firme. Toda su audacia, todo su cinismo de un mes antes se habían agotado en la prueba terrible a que le sometiera la muerte de su madre.

Para acabar de desconcertarlo le trajeron una carta, que leyó con creciente ansiedad.

—¡Redding, estoy perdido!—Lea esta carta

Era un aviso del banco interesándole que pasara por la caja para reembolsar una elevada suma que estaba en descubierto en su cuenta.

—¿Qué me aconseja usted que haga?—preguntó.—

—Yo no sé... Estoy loco. Aconséjeme usted.

—Esto sólo se resuelve con dinero; búsquelo—insistió el insector—Y piense en que veinticinco mil dólares son necesarios para hacer callar a los de «El Reflector».

Sin saber lo que hacía, Daniel cogió de nuevo el folleto, cuya primera página contenía esta amenaza:

«*En el próximo número daremos más noticias acerca*

de un contratista que lleva brillantes legítimos y utiliza cemento falso.»

—No seas idiota. Tienes que ayudarme a salir de este apuro, porque si he de ir a presidio no iré solo —le previno Redding.—Aprovecha el tiempo y date maña para encontrar el dinero, sino, dentro de poco, en vez de llamarnos por el nombre nos llamarán por un número.

Daniel llevóse las manos a la cabeza, oprimiéndose las sienes que le dolían, como si se las estuvieran martirizando con alfileres.

—¿Y si se lo pidiera a Sally?—se dijo.—¡Si ella quisiera!...

La casa de Sally Lung estaba a un extremo de la ciudad. Era un hotelito con jardín situado al borde de una avenida nueva y poco populosa aun.

La amante del contratista lo había adornado a estilo oriental, y en todas las habitaciones, el piso desaparecía bajo las alfombras que absorben el rumor de los pasos. Pesados cortinajes de terciopelo negro y azul ocultaban las puertas. De las paredes colgaban tapices y sedas pintadas, y las sillas de laca, los ídolos de bronce y los pebeteros de formas más extravagantes aparecían diseminados por todas partes.

Sally se había quedado en casa aquella tarde. La tenía un poco inquieta la noticia que había leído en un periódico, caído ahora a sus pies.

Lo cogió de nuevo y levó:

«La bonita leprosa de Molokai

Por más pesquisas que se han hecho, ha sido imposible dar con el paradero de la hermosa joven que desapareció de la isla de los leprosos hace algunos meses.»

Su rostro no reflejó impresión alguna después

de la lectura. Esta mujer no dejaba nunca que sus emociones se traslucieran y su cara era una máscara impenetrable; tenía la belleza fría de una estatua de ojos muertos.

Abandonó el periódico en una mesita y se incorporó perezosamente para saludar a Daniel, que entraba precedido de una criadita china.

—Sally Lung te desea un buen día.

Su amigo se echó a sus pies sobre unos almohadones y habló:

—Sally Lung me desea un buen día y yo se lo agradezco, pero nunca lo tuve peor que el de hoy.

La criadita china se retiró y los amantes se quedaron solos.

—¿Qué es lo que le pasa, pues, a mi señor?—preguntó Sally.

—Me encuentro en un apuro y debes ayudarme... Mientras pude, recordarás que te hice magníficos regalos y que de mi cuenta corriente tú te llevaste muchos miles de dólares.

Por toda respuesta, ella extendió el brazo, abrió una arqueta y sacó de su interior un bolso que puso boca abajo.

—Esto es todo lo que tengo—dijo.

Daniel fijó su mirada en la garganta de su amante.

—Tienes un collar que me ha costado treinta mil dólares.

Con un rápido gesto, la mujer llevóse las manos al pecho.

—¡Oh, no! Sally se enfriaría sin sus perlas.

—Yo te abrigaré con mis brazos.

—Entonces Sally tendría más frío.

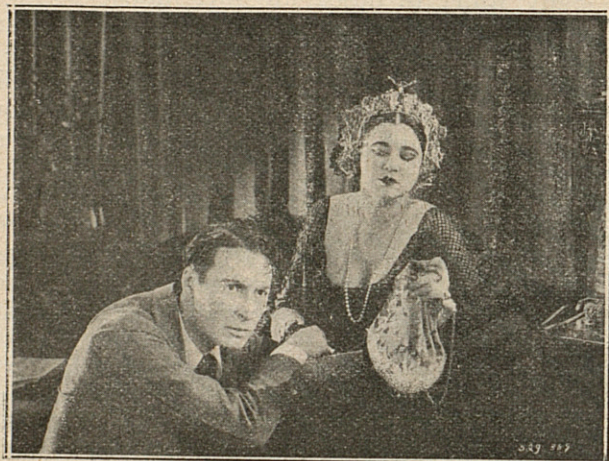
Una lumbre de rabia encendió los ojos del desesperado contratista.

—Pues tienes que dárme las; necesito esas perlas.

Su actitud era la de un ladrón dispuesto a arrojarse sobre su presa. Ella adivinó sus intenciones y llamó a la criadita.

—Acompañe al señor Mc Tavish.

Daniel acordóse de las amenazas de Redding. Había pensado en su amiga como en una última



— Esto es todo lo que tengo — dijo.

salvación; y he aquí que ella le negaba su ayuda.

Bruscamente echó fuera de la habitación a la servidora de su amiga y se arrojó contra ésta despojándola del collar.

—Y ahora, hemos terminado para siempre.

Con las perlas en su poder se dirigió a la puerta.

—¡Conmigo no se termina nunca!—le gritó su amante deteniéndole.

Daniel se volvió. Sally le mostraba el periódico que daba la noticia de su fuga de la isla de Molokai.

Y fríamente, con voz cortante, mientras él se enteraba de quien era su amiga, adquiriendo la evidencia del mal irreparable del que sus amores le hicieran víctima, lo zahirió:

—Me parece que vas a pagar caro el contrabando de yute.

La espantosa convicción que se desprendía de aquellas palabras que venían a subrayar la noticia del periódico, enloqueció a Daniel. Su cuerpo se encogió distendiéndose luego como para un bárbaro salto, y sus ojos se clavaron en Sally con una dureza sangrienta... Ella le había vuelto las espaldas desapareciendo detrás de una cortina, que se plegaba a su figura, contorneándola. Súbitamente, sonaron dos detonaciones, y la cortina, rasgándose, se vino al suelo con la mujer que se apoyaba en ella.

Sin que la mueca del dolor deformase las facciones de la leprosa, ésta dijo aún:

—Adiós, Daniel... Hasta el infierno, donde espero que nos encontraremos.

En el transcurso de algunos minutos, el hombre permaneció inmóvil, mirando el cadáver de su amante.

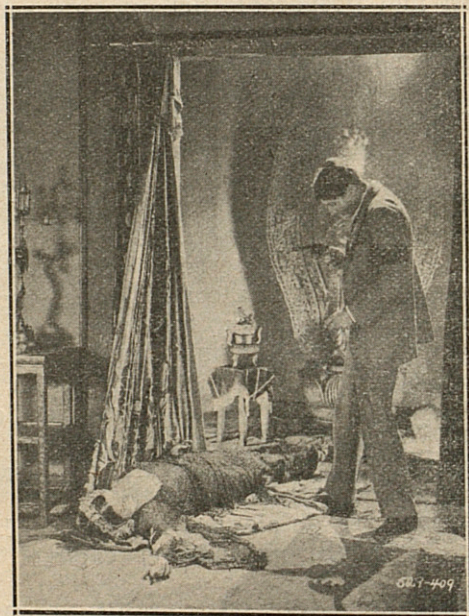
—¡He matado!—dijo.—¡He violado también el mandamiento rojo!

Tuvo miedo de la luz que iluminaba la estancia y, maquinalmente, apagó los cirios de un candelabro de siete brazos; sus dedos fueron aplastando los pábilos llameantes uno a uno, sin prisas.

Luego, tanteándose en las sombras, puso el revólver al lado de la muerta para hacer creer que se había suicidado.

Pero su crimen había tenido un testigo: la criada china de Sally Lung, que lo vió salir andando en las puntas de los pies, como si temiera el ruido.

Al llegar a su casa, Daniel sintióse invadido por



— ¡He matado! — dijo. — ¡He violado también el mandamiento rojo!

un inmenso cansancio. Todos sus sentidos parecían sufrir una dolorosa fatiga.

Trató de librarse del recuerdo y no lo consiguió, porque no hay sitio donde un hombre pueda esconderse de su conciencia.

De vez en cuando sus labios articulaban estas palabras:

— ¡He matado!

Tuvo el pensamiento de recurrir al alcohol, de



... Se daba cuenta de que el licor no lograría acallar la voz de su conciencia, ...

embriagarse, y abrió una alacena. Sus manos tropezaron con un cuadro. Era el retrato de la señora Mc Tavish, arrinconado allí desde el día en que Juan se lo había traído.

—¡Oh, madre mía, si te hubiera escuchado y pudiera ahora comenzar a vivir de nuevo!

Un gemido salió de su garganta; fué un lamento triste, como el llanto de un niño que se muriese.

Al fin encontró una botella y se puso a beber ansiosamente. Se daba cuenta de que el licor no lograría acallar la voz de su conciencia, y para aturdirse, comenzó a cantar:

Lleva mi barco al este de Suez,
Donde lo mejor es como lo peor,
Dónde no hay diez mandamientos
Y el hombre puede apagar su sed.»

Se interrumpió y volvió a oír decir:

—¡He matado!

Y a este grito se unió ahora este otro:

—¡Soy un leproso!

Se miró las manos con angustia, vació la botella y, tambaleándose, entró en la alcoba en que dormía su esposa.

—¡Mary!...

Ella se despertó.

—Acabo de matar a aquella mujer. ¡Era una leprosa, una indecente leprosa!

Mary se estremeció de espanto.

Y él añadió:

—Pero tú no irás a casa de Juan... ¡No, no irás allí, porque, lo mismo que yo, tú estás marcada!

Extendió los brazos queriendo cogerla, infamarla con su peste, manchar su piel con el estigma que pronto llenaría de llagas supurantes su cuerpo.

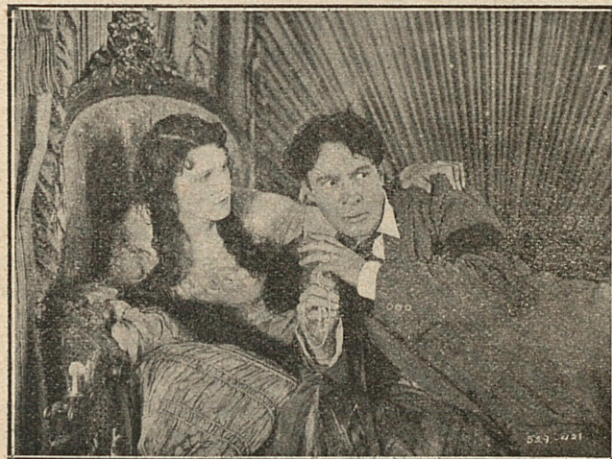
Con un terror inexpresable, ella se retiró, amenazándolo con el pie de bronce del teléfono, que

tenía al lado de la cama y que blandió en sus manos.

—¡Si me tocas te mato!

A todo esto la criada de Sally denunciaba el asesinato de su ama y la policía se presentaba en casa de Daniel.

Ante aquel peligro, su mujer olvidó que era un



— ¡Sálvame, Mary!

leproso, un ser de sangre podrida. Tuvo pena de él.

—¡Sálvame, Mary!

—¡Pronto, ocúltate debajo de las ropas!

Entró la policía.

—¿No está aquí su marido?—preguntó uno de los agentes.

Mary contestó afectando indiferencia:

—No... no ha vuelto aún a casa.

—Pues nos pareció oír que usted hablaba con alguien.

Con una repentina inspiración ella mostró el teléfono, y acercándose a la boca dijo, como si acabara una conversación interrumpida:

—Adiós, mañana tomaremos el te juntas.

Engañados por esta estratagema, los policías se retiraron después de hacer un pequeño registro.

—Tenemos orden de detener a su marido por delito de asesinato... y le esperaremos abajo—le dijeron al momento de marcharse.

En cuanto salieron los agentes, Daniel abandonó su escondite.

—¡Mary, estoy perdido!... Si creyera en Dios le pediría que te bendijera. Lo que acabas de hacer merece una recompensa divina... Me voy. Probaré de llegar a Méjico... Olvidame y, si puedes, perdóname.

La miraba con una admiración sincera y sin atreverse a tocarla.

En seguida, echando el cuerpo por una ventana que daba a la calle, huyó...

La noche era de tormenta. Las furias de un terrible temporal se habían desencadenado sobre la tierra.

Daniel se dirigió al puerto y buscó al vigilante.

—Prepárame mi canoa-automóvil—le ordenó.

—No está la noche para un paseo marítimo—atrevióse a observar el vigilante señalando al mar encrespado.

—No importa; es un capricho.

Saltó a la canoa. Y de pie en ella, hizo rumbo hacia Méjico, desapareciendo entre las olas enormes que se alzaban rugientes levantando el barco a

alturas de vértigo para sepultarlo luego en los abismos del océano y volver a alzarlo otra vez, como en un juego siniestro.

Después de la fuga de su marido, Mary se levantó vistiéndose rápidamente.

¿Qué pretendía?

Abrió un libro que escondía entre sus hojas unas flores de azahar marchitas. Se las había dado Juan el día de sus esponsales.

Envolvió las flores en un papel y encaminóse en busca de su destino.

Llovía torrencialmente. Bramaba el viento, y las tinieblas eran rasgadas de cuando en cuando por el fulgor serpenteante del rayo.

En una noche así, tres años atrás, hambrienta y aterida, había sido acogida por Juan.

Sus pasos la volvieron a guiar hasta el mismo sitio. A través de una ventana vió a su buen amigo. Tenía a su lado el lanudo perro antiguo compañero de la joven, y con el que él se había quedado cuando Mary se casó con su hermano.

Dejó las flores de azahar en la ventana, devolviéndoselas al hombre que se las había dado.

—Ahora—dijo—sólo me espera la muerte.

Pero el perro había olfateado su presencia y corrió hacia la ventana, llamando la atención de Juan. Al ver las flores, el hombre tuvo un instante de sorpresa.

—Son de ella—adivinó.

Y cuando Mary se disponía a marchar hacia la muerte, he aquí que la puerta se abrió y un brazo amigo la detuvo.

—¿A dónde vas?

—Voy donde pueda encontrar la paz.

—Entonces entra en mi casa. La paz está aquí.

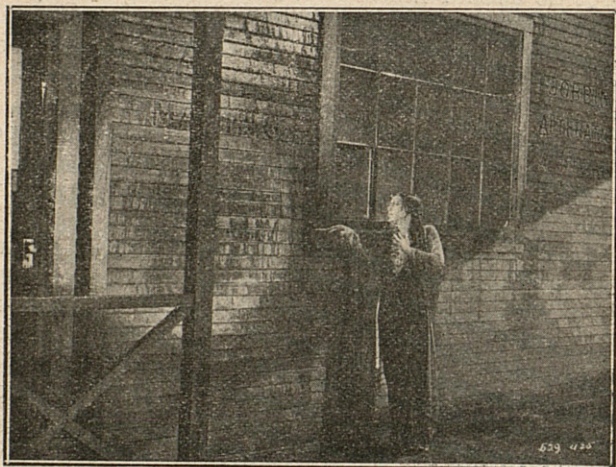
Debilitada por las emociones y confortada por las palabras de Juan, Mary lo siguió.

—Cuéntame, ¿qué ha sucedido?

El quiso cogerle las manos y ella lanzó un grito.

—¡No me toques! Estoy marcada.

Y entre sollozos contó los sucesos de aquella noche.



A través de una ventana vió a su buen amigo.

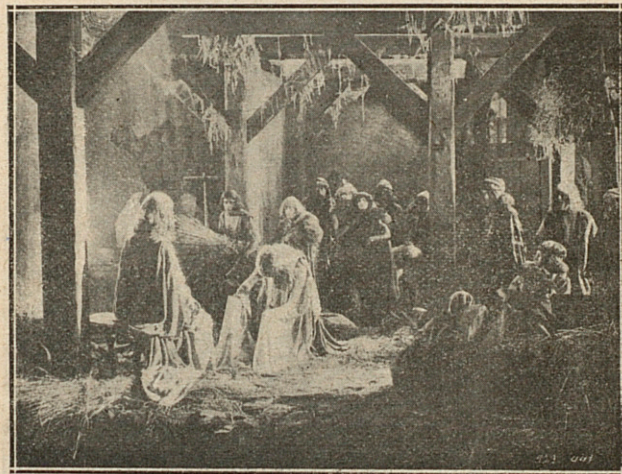
—Tú no estás marcada más que por el miedo —la tranquilizó él.

Pero ella mirábase las manos, creyendo distinguir en su piel las placas amarillentas de la lepra.

Crujieron las fallebas de la ventana. Una racha de viento empujó la lluvia contra los cristales.

—¡Pobre Daniel!—exclamó Juan.

El desventurado marchaba entonces por el mar embravecido, que rugía clamorosamente y arrasaba la canoa de un lado a otro sobre el lomo inmenso de sus olas, mientras en la humilde casita del carpintero, su hermano cogía la biblia que tanto había amado su madre y le decía a su cuñada:



— Señor, si quieres puedes limpiarme.

—Has olvidado al Unico que puede salvarte; pero yo haré que te reconcilies con El.

Y abriendo el libro por el evangelio de San Mateo, se puso a leer:

—¿De qué le servirá al hombre ganar el universo si pierde su alma?

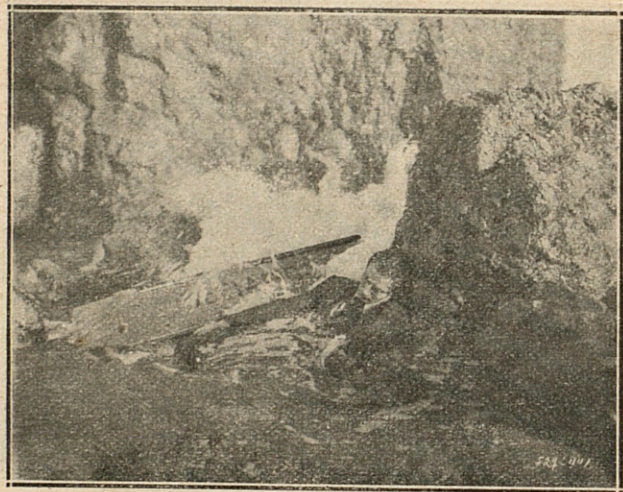
Y en el ambiente apacible de la humilde casa,

Juan fué repitiendo en voz alta los versículos del libro santo arrojando en el alma torturada de la joven la semilla fecunda de las divinas parábolas.

—Y se acercó a *El* una leprosa y le adoró.

Ella evocó la escena evangélica.

El dulce Jesús se hallaba sentado explicando su



De pronto una ola levantó el barco y lo arrastró lanzándolo contra unos acantilados.

doctrina; lo rodeaban sus discípulos y gentes del pueblo, entre las que había ciegos que esperaban recobrar la vista por la imposición de sus manos, paralíticos que le pedían que devolviera la perdida agilidad a sus miembros tullidos y toda clase de menesterosos.

Y de entre ellos surgió una mujer manchada de lepra, que se arrastró a *El* implorándole:

—Señor, si quieres puedes limpiarme.



—Sí, con la *Luz* desaparecen.

La voz de Juan tuvo un trémolo de ternura leyendo:

—Y *el Señor* dijo: «quiero» y quedó limpia.

Miró a Mary. Ella parecía sumida en el éxtasis de aquella evocación.

Y la noche fué transcurriendo hasta dejar paso al día.

Allá, en el mar, la tormenta empezaba a apaciguarse. La canoa de Daniel se acercaba a la costa. De pronto una ola levantó el barco y lo arrastró lanzándolo contra unos acantilados.

Amanecía. Un rayo de luz jugó en los cristales difundiendo su claridad en la casa del carpintero.

Mary vió sus manos ¡Estaban limpias! Se conservaban puras.

—Mira, Juan, con la luz las manchas desaparecen.

El se inclinó hacia su cuñada y afirmó gravemente:

—Sí, con la *Luz* desaparecen.

Y ella comprendió lo que él quería decirle. Era verdad; la luz del bien, la luz del deber cumplido a todas horas sin vacilaciones es la única que limpia la lepra de las almas manchadas por haber olvidado LOS DIEZ MANDAMIENTOS.

La casa se inundó de sol. Mary y Juan envueltos por la luz se miraban sorprendidos, como si se hubieran encontrado después de haber estado separados mucho tiempo.

Y sus destinos rotos hallaron en una sonrisa el vínculo que los uniría para siempre.

FIN

Forme usted sin vacilar la Biblioteca Femenina de **La Novela Film**

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS

LA MENDIGA DE SAN SUPLICIO

(Xavier de Montepin)

LA MADONA DE LAS ROSAS

(Jacinto Benavente)

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

(Éxito enorme)

Precio de cada libro: UNA PESETA

No dude en formar dicha biblioteca, pues
se deleitará con la lectura de excelentes

asuntos

Para en breve preparamos verdaderos acontecimientos

LA NOVELA FILM

PUBLICACIÓN SELECTA

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Medardus
2	Las dos riquezas	El prisionero de Zenda
3	Vanidad femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del Apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Dering, el negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Meighan
8	Heliotropo	Bebé Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La fuga de la novia	Enid Bennet
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (especial)	Mary Miles Winter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum
20	El crimen del Millefleurs Palais	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	¡Valiente luna de miel!	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla Blanca)
27	El Martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del abismo	Georges Biscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres

Números corrientes . . . 30 céntimos

» especiales . . . 50 »

PUBLICACIÓN DE ÉXITO CRECIENTE

